Límites



Juan Carlos Boveri

Imagen: Hombre en un campo – JB
Ediciones Bec (reproduce edición de 1977)

Entre la existencia y la muerte,
entre el cielo y el infierno,
entre el amor y el odio,
entre la normalidad y la locura
el hombre siempre se encuentra
en el límite.

La visita

Los perros se arremolinaron en torno de ella y la persiguieron todo el trayecto ladrando sin acercarse.

La mujer caminaba con paso resuelto, contoneando las caderas, notorias bajo el delgado vestido estampado. El abundante maquillaje cubría su cara y sus mejillas resaltaban por un exceso de colorete.

El caminito por el que iba se extendía en medio de surcos recién sembrados.

Por detrás de la casa, una modesta y firme construcción de ladrillos, se levantaba la arboleda susurrante con el viento.

A lo lejos, vio al viejo subido al tractor.

La vieja estaba de pie, cerca de la bomba de agua, fregándose las manos en el delantal. Se había puesto una mano en la frente, a modo de visera, para evitar los reflejos del sol.

—Buenas —dijo la vieja; su voz era aguda y sorbía las eses que se escuchaban como zetas—. ¿Qué anda buscando?

La mujer retardó la respuesta. Continuó caminando hasta casi ponerse junto a la vieja.

—Buen día, ¿ya no me conoce? —dijo, sin perder la gravedad.

La vieja achicó los ojos arrugando la frente.

—Vos sos Clara —el gesto de sorpresa se diluyó por un manotazo de disgusto que cubrió su cara surcada de tenues grietas.

—Todavía se acuerda de mí.

—Cómo no me voy a acordar —dijo la vieja mientras movía la cabeza y apartaba la mirada hacia el suelo.

—Tuve que volver. No podía más.

—Dijiste que no ibas a volver. ¿No dijiste eso?

—Ya sé que lo dije, pero tenía que verla —la mujer también miró el suelo, sus manos jugaban con el collar de perlas falsas.

—¿A la chica? —la vieja lo preguntó con espanto.

—Usted no entiende, tengo que verla.

—Vos dijiste que no ibas a venir. ¿Te acordás del trato?

—Sí, me acuerdo de todo lo que hablamos —la mujer se movió nerviosa—. Estaba loca, me equivoqué.

La vieja tragó. Se llevó la mano al pecho.

—¿Y qué querés ahora?

—Quiero verla.

—¡Eso nunca! —exclamó la vieja, soltando en la expresión la angustia contenida.

—Es mi hija.

—¡Era tu hija!

—No me diga eso, es una maldad.

—Es lo que es.

—Yo soy la madre de Carola. Yo la parí, yo le di la vida.

—Y fui yo la que le dio la leche, la que la limpió y la cambió. Yo fui la que estuve a su lado cuando se enfermó. ¿Dónde estuviste vos, eh? ¿No nos dijiste que no podías tenerla?

—Le reconozco que tiene razón. Pero yo no puedo seguir así, con este remordimiento. La necesito conmigo. Tengo que verla. Hablarle. Ella tiene que saber que soy la madre.

—¡No lo sabrá nunca!

—No lo va a poder evitar —dijo la mujer, sin darle ninguna entonación a la frase. Se veía cansada y contenida.

La vieja se mordió la lengua.

Le pareció que la tierra se abría bajo sus pies.

Como si la desesperación le clavara uñas, fue hacia el principio de la arada.

—¡Luis! ¡Luis! —gritó con todas sus fuerzas, arrastrando la «i» y dejándola prendida del espacio.

Arriba del tractor, el hombre torció medio cuerpo.

La vieja agitaba un brazo y, luego, los dos.

—Ahí viene mi marido —dijo la vieja, como si el problema pudiera aliviarse con la presencia de un hombre.

Las dos mujeres permanecieron en silencio.

El viento se coló entre ambas removiendo la tierra en una pequeña nubecilla de polvo.

Los perros se mordisqueaban entre ellos. La perra dejaba que sus cachorros le treparan por el lomo y resbalaran como en un tobogán. Una bandada de pájaros surcó el cielo. Las nubes, muy blancas y transparentes, se deslizaban con lentitud.

El motor sonaba violento. El viejo lo apagó, descendiendo del tractor con extrema lentitud.

Se echó el sombrero hacia atrás, secándose el sudor con el dorso de la mano.

—Buenas —dijo con voz muy debilitada y apenas más grave que la de su esposa.

—Buen día —respondió Clara, inclinando ligeramente la cabeza, pero sin mirarlo a los ojos.

—Es Clara, Luis.

El viejo miró a la mujer y a la vieja, alternativamente

—¿Clara?

—Soy yo, don Luis, ¿cómo está?

—Y no muy bien.

—Viene a ver a la chica.

El viejo respiró muy hondo.

La sangre le golpeó el cerebro.

—No creímos que volviera.

El viejo reconoció haber mentido.

¿Cuántas noches se abrazaron con la vieja compartiendo el terror de que, algún día, ella se presentara a reclamar su pertenencia? Los años lograron disimular el martirio.

Ellos dejaron de hablar de esa posibilidad, pero una permanente inquietud que solía desvelarlos indicaba que la angustia no había cesado y se había transformado en un hábito que llevaban como quien se acostumbra a llevar una cara fea.

—Yo... —comenzó a balbucir la mujer—. Yo todo lo que quiero es ver a mi hija.

—¿Para qué? —preguntó la vieja, sobresaltada.

—Tranquila, mujer —dijo el viejo, gesticulando con el brazo en alto.

—Es mi hija —dijo Clara y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—La chica no está —dijo el viejo, resignado—. A la mañana va a la escuela. Vuelve a eso de la una.

—¡No puede verla, Luis! —gritó la vieja.

—¿Por qué no? —quiso saber Clara, visiblemente turbada.

—Porque Carolita no sabe nada.

—¡Nada! —remarcó la vieja.

—Yo... —la mujer vacilaba, pero, uniendo todo su coraje, comenzó a decir lo que había repetido durante semanas y que había aprendido como una lección escolar—. No tenía un peso, me habían engañado. La chica se hubiera muerto de hambre conmigo. ¿Qué podía hacer? Estaba sola en la vida, sin un lugar para dormir. La cabeza me daba vueltas, el médico me dijo que la diera, que era lo mejor para ella y para mí.

—¡Vos no la quisiste! —interrumpió la vieja—. Cuando te echaron de lo de Evangelista, ¿no te dijimos que te quedaras con nosotros? ¿Y que dijiste? Que te querías ir a Buenos Aires. ¿No es cierto? Dijiste que te ibas porque eras joven y acá te arruinabas la vida. ¿No dijiste eso?

—Sí, yo dije eso —respondió Clara, estallando en un llanto convulsivo—. Tenía dieciséis años. ¡Qué sabía yo! La nena tiene siete años y no le conozco la carita. ¿Cómo es? ¿Es linda? ¿Saben

ustedes lo que tuve que hacer para ganarme el pan? No pueden saberlo. ¿Saben cómo lloré estos años? No tengo a nadie. Ni tengo un centavo, pero no importa. Voy a trabajar y romperme el espinazo, pero Carola va a tener de todo, sí señora, no le va a faltar nada de nada. Va a ir a la escuela y a jugar a la plaza. Se lo juro. Ella tiene que estar con su verdadera madre. No como me pasó a mí, que ni la conocí.

La vieja se puso a llorar.

El viejo miró con severidad a su esposa. Carente de facilidad para exteriorizar sus sentimientos, demoró en encontrar las palabras apropiadas.

—La chica es como una nieta, como una hija. ¿Entiende? Ella nos trata como si fuéramos los padres. ¿Y cómo nos va a tratar si no conoció otra cosa? Usted siempre fue de buenos sentimientos. A lo mejor, se equivocó, pero ahora no está haciendo lo mejor para Carola. Ella está mejor con nosotros. Somos lo que conoce. Clara, piense en la nena, no en usted.

—Cómo va a sufrir si se entera la pobrecita —dijo la vieja.

Se limpiaba las lágrimas con un pañuelito.

—Si usted la quiere, tiene que dejarla acá. ¿Dónde va a estar mejor que acá? —dijo el viejo.

Clara observó a su alrededor.

Se acordó de su cuarto miserable, el humo de las fábricas y el hollín en los vidrios. El ascensor que nunca funciona, los pasillos sin luz, las paredes húmedas.

Esa casa de la cual jamás se verá a una señora elegante salir a pasear con su perrito.

—Si la dejo, no me quedará ni la esperanza.

Se tomó las sienes con sus manos y agregó:

—Dios mío, ¿en qué pensé viniendo hasta acá?

El viejo suspiró aliviado.

Poco antes, había estado dispuesto a ponerse de rodillas si se lo hubiera pedido.

—Es lo mejor. Déjela. No le faltará nada, le doy mi palabra.

—Yo, don Luis, no sé qué quise hacer, perdóneme.

—¿Se siente mal? ¿Quiere pasar adentro?

El viejo amagó tocarle un brazo.

—No, gracias. Ya me voy. No sé a qué vine. No voy a volver. Les juro que no voy a volver.

—Clara, deje que la ayudemos —dijo el viejo.

Le hizo una seña a la vieja.

La vieja entendió.

Agachando un poco la cabeza y apurando el paso, se metió en la casa, demoró unos minutos y apareció, casi corriendo, con un bollo de tela.

Se lo entregó al viejo y este, sin vacilar, extendió su mano.

—Tome —le dijo a Clara—. Esto le va a servir. Tome, no tenga vergüenza. Tome, tome.

La mujer comenzó a caminar por el caminito extendido entre los surcos.

Los perros la acompañaron en silencio, meneando las colas.

El viejo y la vieja lloraban.

Abrazados, se metieron en la casa.

Debajo de la caseta de latón, apoyada contra el poste blanco que señalaba la parada de colectivos, Clara sintió que se despertaba de una pesadilla.

El aire fresco consiguió reanimarla.

Sus ojos estaban enrojecidos y su nariz tapada.

Desanudó el pañuelo que le habían entregado y, sin contarlos, metió los billetes arrugados en la cartera.

Vio que un hombre cruzaba el camino en dirección a ella.

Sonrió con tristeza.

Encendió el cigarrillo en el mismo momento en que el hombre, tomándola del brazo, le preguntó:

—¿Cuánto les sacaste?

El arrepentido

El hombre acarició la culata del revólver con su dedo pulgar. Apoyó el caño contra la sien.

El sol se desplomaba; un hilo de luz atravesó el vidrio de la ventana chocando contra un florero azul y desintegrándose en múltiples trozos de colores.

El hombre fijó la vista sobre las maderas del piso.

Dentro de él, anidó la impresión de estar vacío, como si una mano gigantesca se hubiese metido bajo su pecho arrastrando huesos, carne y sangre.

Su imagen era la de un hombre vencido.

Las sombras envolvieron la casa.

Los ojos del hombre se iluminaron con un imprevisto destello de firmeza.

El dedo índice tocó el gatillo.

El tiempo y el espacio flotaron en el fondo de una masa de gelatina en la que cayó aislándose de los sonidos y las formas.

Tiró del gatillo.

En su cabeza sonó un ruido seco y conciso.

Su brazo tembló.

Se mantuvo expectante a que el brazo y el arma cayeran.

Tuvo la certeza de haber hecho el disparo.

Pudo oler la pólvora flotando en el aire.

Pudo escuchar el tic-tac del reloj.

La bala no lo había matado.

Pudo pensar con lucidez. ¿Qué había hecho?

La bala estaba dentro de su cabeza.

No había muerto.

¿Qué pasaría ahora? ¿Qué le esperaba?

Tratarán de sanarlo, le quitarán la bala del cráneo; es probable que alguna parte de su cuerpo quede afectada.

De repente, comprendió la inutilidad de su acto.

Caras, lugares; su madre sirviendo la comida; el cuerpo desnudo de una mujer en la oscuridad de un cuarto; una naranja mordida a la sombra de un árbol de ramas frescas, en un día caluroso; el cielo estrellado, el mar atrayéndolo con la fascinación de su inmensidad.

—¡Dios mío, no quiero morir! —exclamó mentalmente y recibió otro golpe dentro de la cabeza.

En el mismo momento en que su cuerpo se inclinaba hacia el suelo, escuchó el ruido de la bala rebotando contra la pared después de haberle atravesado el cráneo.

Alucinación

Delmar y yo hablábamos sobre una historia que escuchamos. Ninguno de los dos tenía la versión completa y tratábamos de unir lo que ambos sabíamos para intentar comprenderla. Fue en ese momento cuando comenzó el problema con el motor.

El avión se inclinó. Delmar logró recuperar la posición, pero vi en su cara que estaba ocurriendo algo muy grave.

No sé cómo explicárselo. Todo fue muy rápido. Como en un sueño. Usted vio que en un sueño las imágenes se suceden una tras otra y pareciera que está pasando mucho tiempo, pero, en el tiempo real, no transcurren más que segundos.

El avión perdió altura.

Delmar dijo algo.

Creo que intentó hacer una broma.

¿Si tuve miedo?

Sabe que no lo sé. No recuerdo haberlo sentido. Al menos, esa clase de miedo que nos lleva a la desesperación. Era como si me pareciera imposible que pudiéramos caer.

La arena del desierto se extendía como un mar inmenso en el que no se alcanzaba a divisar el horizonte.

Pensé una tontería: «Si caemos, la arena estará blanda y no habrá un choque grave». Ya sabe usted que solemos tener los pensamientos más ridículos en los momentos más terribles.

No puedo decirle mucho más.

El aparato comenzó a caer como un pájaro herido.

Había un olor penetrante, como si alguna parte del aparato se estuviese quemando.

Recuerdo con exactitud el olor a quemado.

De pronto, no hubo nada más. Todo se oscureció.

Cuando abrí los ojos, Delmar tenía la cabeza echada hacia atrás. Un tajo profundo le cruzaba la frente. Su cara estaba llena de sangre. Había muerto.

Intenté moverme. Quería salir de ahí. Escaparme. Caí sobre la arena. Creo que volví a desmayarme.

Al despertar, era de noche. Hacía frío.

Me acurruqué contra el avión, una de las alas estaba partida, clavada en la arena.

Pensé que Delmar era un gran piloto. Había aterrizado de un modo que evitó un desastre mayor. Me dormí.

El sol me despertó.

Recién entonces, comencé a pensar en lo que debía hacer.

Podía quedarme junto al avión y esperar que me encontraran o podía caminar en la dirección en la que volábamos.

Sabía que nuestro destino no estaba demasiado lejos. Lo más probable es que solo fuera una decena de kilómetros.

Tuve consciencia de que recorrer esa distancia en el desierto sería muy difícil.

Podría costarme la vida.

Si me quedaba, podían pasar días antes que me hallaran o, tal vez, nunca lo harían.

¿Cuánto tiempo demorarían en saber que un avión pequeño, en una misión intrascendente, no había llegado a destino?

Decidí tomar tres latas de cerveza que no alcanzamos a beber y una cantimplora con agua.

Comencé a caminar.

El sol. El calor. Caminé. Perdí de vista el avión.

Se hizo de noche y otra vez de día. El sol.

Mis piernas no me sostenían. Muchas veces, caí de rodillas sintiendo que no conseguiría fuerzas para seguir.

La noche, el día.

Todo el contenido de las latas y de la cantimplora se agotó.

El sol. La sed.

Oriné. Formé un cuenco con mis manos y bebí el orín. Luego, ya no pude orinar.

El sol. La sed.

No podía más.

Mis brazos y mis piernas tenían la consistencia de la gelatina.

Caí. Boca arriba.

De cara al sol. El sol.

Entonces sucedió lo que quería contarle.

Vi una silueta. Le juro que vi una silueta. Y escuché con toda claridad:

—Vamos, hijo. Falta muy poco. No te dejes vencer.

Era mi madre.

Sé que no puede creerme. Pero era mi madre.

Ella murió tres años atrás, pero ahí estaba. La llamé.

Ella repitió: «Vamos, hijo. Falta poco».

Me incorporé.

Vi el desierto, la arena, el sol. El sol.

Caminé. Sabía que mi madre estaba junto a mí.

Sabía que no estaba solo.

La sed. Agua. El sol.

Mi madre junto a mí. Agua. El sol. Caí.

Quedé inmóvil. No tenía fuerzas. No podía moverme.

—Mamá, ayudame.

Dije. Sé que dije eso.

Cerré los ojos.

No sé cuánto tiempo estuve así, boca arriba, de cara al sol.

Escuché voces. Otras voces.

Hablaban en una lengua que no podía entender.

Me sostenían. Me levantaban. Me daban agua.

Todo lo recuerdo en forma vaga, confusa, como si no fuera a mí al que estaba sucediéndole todo aquello.

Desperté acá, en el hospital. Estaba solo.

El cuarto estaba fresco, las persianas de las ventanas detenían la luz del sol.

Miré sobre la mesa de noche. Vi la jarra con agua.

Estaba ahí. Agua. A mi alcance.

Entró usted, doctor. No sé qué piensa. En su lugar, yo sería incrédulo. Pensaría que fue una alucinación.

Mi madre nunca estuvo en el desierto. ¿Eso piensa?

Sí, seguramente piensa eso.

Es fuera de toda lógica considerar, siquiera, la posibilidad de que haya sido como lo cuento. Pero este crucifijo no lo tenía al subir al avión.

Mi madre me lo dio en el desierto. Lo apreté en mi mano.

En ningún momento lo solté.

Va a comprobarlo, doctor.

Mi hermana podrá decirle que este crucifijo era de mi madre y que ella fue enterrada con él. Entonces, no tendrá más remedio que creer. Hasta el accidente, yo era como usted. No creía.

Disculpe si me río. ¿Sabe que estoy pensando?

En la jarra con agua. ¿Sabe qué pienso hacer? Volcarla sobre mi cabeza. Y reírme, doctor, reírme.

Vea cómo chorrea el agua sobre mi cabeza, por mi cara.

Nota: *Quince días después del accidente, el avión fue encontrado. En el informe del equipo de rescate se especifica que, en el interior del avión, fue encontrado el cuerpo del piloto, Delmar Guiñol, de treinta y cuatro años.*

La causa de la muerte fue un golpe en el cráneo provocado por el choque.

A quinientos metros del avión, se encontró otro cuerpo. El pasajero y amigo del piloto, Martín Ledesma, de treinta y dos años.

Al parecer, había caminado en círculos.

En su mano sostenía una moneda, que pareció usar como amuleto. En su cara aún se mantenía un rictus, como si hubiera muerto riendo.

Suceso en el coche comedor

Los coches comedores me gustan. Hay algo de hazaña en tomar café en un tren en movimiento.

Juan Carlos miraba por la ventanilla. Ya sabés que mira y registra. Yo me sorprendo. Una vez escribió tres mil palabras sobre una montaña de San Juan.

Para mí todas las montañas eran iguales. Pero él encontró en esa la manifestación divina, una prueba de la creación eterna. Ya sabés que en esa época él era ateo pero dijo que si algo probaba la existencia de Dios era ese paisaje extraordinario.

Bueno, ahí, en el tren, estaba en uno de esos trances en los que te habla y te discute pero tiene la cabeza en otra parte.

Una noche estábamos en un bar, por la vidriera vimos a un borracho sentándose en el cordón de la vereda. Al rato, apareció un perro y se acercó al borracho.

Yo seguí hablando de la película que habíamos ido a ver, él miraba la escena. Al otro día, escribió un cuento sobre un perro negro que se encuentra con un borracho.

Siempre es así. Ve lo mismo que yo pero lo ve distinto. Lo guarda en la memoria y, luego, escribe como un alucinado, con desesperación y, al terminar, rompe todo lo que escribió. Muchas veces pensé que lo mejor que escribió está destruido. El del perro no sé si lo rompió.

Bueno, sigo con lo del tren. Él se puso a hablar con el camarero (dije «camarero», como en las novelas europeas). Juan Carlos habla con todos, total no le importa ninguno. No sé si yo. Puede ser. En el fondo, creo que le preocupa todo lo que se mueve y lo que está quieto. Cree que cada cosa tiene vida, le habla a las plantas, al detergente, a los muebles. Ya sabés cómo es.

Pero lo que quiero contarte es que conocimos a un tipo que se sentó en la misma mesa, frente a nosotros. Un tipo interesante, con pinta. De unos cincuenta y pico. El tipo hablaba y yo le contestaba. Juan Carlos no movía ni un labio. Pero, esperá que lo que te quiero contar es que la charla venía muy piola. Este hombre era muy preparado, había estado en un montón de lugares por asuntos de trabajo. Era un ingeniero, hijo de europeos. No sé, el sitio, el momento. Me sentía bien.

Llovía muy fuerte.

Me encanta viajar con lluvia.

A Juan Carlos, por supuesto.

Es una especie de hombre de la lluvia.

Sabe con exactitud cuándo va a llover, la hora exacta. Parece mentira, pero es cierto.

Es un don que descubrió cuando tenía nueve años.

Te digo, él estaba así: con el codo apoyado en la ventanilla, la cabeza reclinada sobre el vidrio y la lluvia deteniéndose a un centímetro de la cara.

El hombre, Stenger o Steiger, no le entendí bien. Ponele Stenger, empezó a contarnos su vida. El relato era muy atractivo. Ya viste que hay gente que cuenta hasta lo más íntimo al que recién acaba de conocer; este hombre, Stenger, era de esa clase.

Resulta que Stenger se hizo amigo de un matrimonio, los Robles, que vivía en un pueblito de mala muerte, donde Stenger había ido a hacer unos puentes o no sé bien qué.

Parece ser que Nora, la mujer de Robles, era una de esas mujeres grandes, pero que todavía se mantienen muy bien.

Te acorto el relato: Stenger y Nora se enamoraron y acabaron acostándose. Robles viajaba muy seguido y ellos aprovechaban esas ocasiones. Parece que el marido sospechó y un día adelantó el regreso.

Los encontró en la cama.

Dijo Stenger que le parecía estar viviendo una pesadilla.

Robles no hizo nada. Andaba como un autómata.

Le dijo a Stenger que se fuera. Y él se fue.

Esa misma noche, se enteró de que Robles le había pegado un tiro en medio de los ojos a Nora y se había suicidado.

Stenger se preguntaba por qué no lo mató, también, a él. Muchos años más tarde lo comprendió. De esa manera el castigo era mayor. Robles lo había condenado a soportar la carga de una culpa imborrable. Haber sido hipócrita, traicionar a un amigo, ser causante de dos muertes.

Yo estaba fascinada por el relato. Juan Carlos, inmutable.

Entonces, Stenger pagó la cuenta y se puso de pie. «Ya llegué a mi destino», dijo y me dio la mano diciéndome que era una mujer muy agradable.

Cuando extendió la mano a Juan Carlos, se miraron un instante, con una de esas miradas que únicamente dos personas muy inteligentes pueden intercambiar. Los dos sonrieron.

Stenger dijo: «Usted entendió todo, ¿verdad?».

Juan Carlos no le contestó.

Stenger volvió a mirarme y se despidió otra vez.

Cuando salió del coche comedor (nosotros teníamos cuatro horas más de viaje) y el tren amainaba la velocidad, le dije a Juan Carlos si quería tomar otro café. Asintió y miró por la ventanilla. El tren se detuvo en un pueblo chiquito.

Stenger descendió y nos saludó con el brazo mientras se cobijaba de la lluvia bajo el techo del andén.

Yo contesté el saludo.

Juan Carlos, no. Me di cuenta que intercambiaba otra mirada con Stenger y movía apenas la cabeza, afirmativamente, como si le estuviera contestando lo que le preguntó.

El tren arrancó y yo hice equilibrio para sostener la taza. Juan Carlos se tomó el café como si estuviera en un lugar firme.

Le dije (yo ya no podía más de la curiosidad):

—¿Qué quiso decirte con que vos habías entendido todo?.

Juan Carlos, con cierta displicencia, dejó la taza sobre la mesa y, sin dejar de mirar por la ventanilla, me dijo:

—Lo que Stenger contó aún no sucedió. Va a ocurrir. Él no es Stenger. Es Robles, el marido engañado. En este momento está llegando a su casa. Encontrará a los amantes en la cama. Echará a Stenger y después le apuntará a Nora exactamente en medio de los ojos. Con el mismo revólver, se matará.

Te juro que me agarró un escalofrío. Entonces, Juan Carlos me miró con esa mirada que suele tener y que no sabés si te dijo la verdad o te mintió.

¿Vos que pensás?

Pato

Había nacido en cualquier parte. No tenía nombre ni lugar dónde vivir. Andaba de un sitio a otro, durmiendo en los umbrales o junto a los árboles. Se alimentaba de las sobras de los tachos de basura y de lo que podía encontrar en los baldíos.

Era un perro negro, de mediano tamaño, una oreja quebrada, y con lastimaduras provocadas en las corridas cuando era expulsado de algún rincón.

—¿Qué hacés vos? Vos no sos un perro, sos un pato. ¡Pato!

El borracho se tambaleó y, trastabillando, cayó sentado en el cordón de la vereda.

El perro lo miró sin atreverse a acercarse, temiendo un golpe.

—Vos son Pato...

El borracho soltó una carcajada, que se cortó bruscamente con una tos que lo ahogó.

Pato se fue aproximando con la cola entre las piernas, agitándola levemente; las orejas caídas, la cabeza gacha.

—No tengas miedo, yo no le hago mal a nadie.

El borracho apoyó los codos sobre las rodillas y se sostuvo el mentón con los puños.

Vestía como un pordiosero.

—Vení, vení, sos feo como yo.

El perro ganó confianza y se acercó.

—Qué desgracia, amigo, qué desgracia. Me echaron del bar... y les dije que estoy enfermo, hace una semana que tengo temblores. Ve, me agarran en todo el cuerpo.

El perro estaba junto a él.

El borracho le pasó la mano por el lomo.

El animal se estremeció, jamás nadie lo había acariciado.

Para él fue como un milagro, solo estaba habituado a los castigos y que alguien lo tocara, le hablara, le diera un nombre, le pareció tan maravilloso que experimentó un sentimiento de alegría que le era por completo desconocido.

El borracho tosió.

¿Qué le podía estar pasando? ¿Cómo podía ayudarlo?

Metió el hocico entre los brazos del mendigo y olió un aroma desagradable a suciedad, pero a él se le presentó como el mejor de los perfumes: era el olor de su amo, de alguien que lo protegía y le daba lo que nunca había tenido.

—Esta vida es una inmundicia. Mirate, Pato, sos igual a mí. ¿Y qué somos y a quién le importamos?

La tos volvió a romper sus palabras. El aire se amontonó en su boca y el hombre lo escupió con violencia. El borracho se derrumbó. Su cuerpo se agitó en convulsiones y de su garganta se escaparon quejidos apenas audibles.

El perro comenzó a caminar alrededor de él. ¿Qué ocurría? ¿Qué debía hacer?

Oyó un suspiro intenso y, después, la quietud.

El hombre había dejado de respirar.

El perro permaneció alerta.

Durante varios minutos olfateó y se movió, luego, se sentó junto al cadáver y empezó a aullar.

Pasaron algunos trasnochados.

Todos vieron al hombre y al perro y nadie se detuvo.

La noche se extinguió y la luz de la mañana apareció lentamente tiñendo de color la ciudad.

El perro continuaba aullando, aullando y ladrando, ladrando y aullando, por el borracho muerto y por todo su dolor contenido durante su vida miserable y solitaria.

La historieta de amor del Bebe

1

La figura del Bebe provoca risas en los chicos. A los adultos, repulsión. Su cuerpo es una enorme masa de carne con una tremebunda cabeza sostenida por el cuello breve y ancho.

Se viste con la ropa vieja que hombres de mayor talla le ceden a su madre.

El Bebe tiene doce años.

Nada en su figura delata este hecho.

La cara del Bebe mezcla en sus rasgos la mueca de aquellos que hace tiempo abandonaron la adolescencia con una cierta puerilidad auténticamente infantil.

Esta contradicción, producida por la nariz, labios y pómulos de joven veinteañero y la mirada candorosa, le dan a su cara un carácter entre estúpido y serio, cómico y absurdo.

Cómico, absurdo y repulsivo, así es él.

La madre, imposibilitada de criar y educar al hijo del modo más favorable, lo dejó a voluntad de la naturaleza.

Bebe creció como un perro guacho y manso. Sin ternura materna. Su propia madre evitaba el contacto. Quizás, por creer, en su primitivismo de campesina despechada, que semejante criatura era el castigo del Cielo por el pecado de juventud.

¿Qué otra cosa podía hacer que trabajar de alba a noche y dar un plato de comida al Bebe?

El sol le curtió la cara. Su cara tiene el color de la tierra seca y la aspereza de los marlos. Con treinta y un años, parece vieja.

Le dice Bebe al hijo; no lo bautizó; no le puso nombre. Bebe, nada más.

Bebe, unido a risas, gritan los chicos de las chacras vecinas. Bebe recibe esos chistes como alicientes a su soledad y contesta con muecas cómicas: da una pirueta, saca la lengua.

Más fiesta le hacen los chicos, más gracias cumple sintiendo que esas risas son manos que acarician su piel dándole afecto.

Por un rato, se cree importante.

2

Bebe no conoce de días ni de meses.

Es un lunes de enero cuando llega Fabiana a la casa.

Un auto caro y gente descendiendo.

Gestos, voces, risas, abrazos.

Bebe espía acostado sobre los tréboles.

Los recién llegados entran a la casa.

Bebe se incorpora y va con los perros a tirarles comida.

Nunca se hubiera atrevido a aproximarse y mirar por la ventana. La curiosidad le es por completo desconocida.

3

Está sentado bajo un árbol.

Con un palo hace un hoyo sobre la tierra.

La niña se acerca sin que el chico la advierta.

Ella se arrima con el aburrimiento de la siesta.

Recién cuando ve la sombra delante de él, Bebe alza la vista.

Es bellísima, de rasgos finos, como si sus antepasados chacareros se hubieran licuado en una sangre nueva y triunfante que les asestó un golpe mortal. Los cabellos largos, lacios, caen por debajo de los hombros, rozando la cintura.

—¿Cómo te llamás?

—Bebe —dice él, sin mirarla a la cara, con su voz grave, inocente de su imbecilidad.

—¿Cuántos años tenés?

Bebe mira sus dedos: cuadrados y rústicos y, contándolos uno a uno, responde:

—Doce.

—Yo tengo diez. Vine a quedarme con mis tíos durante las vacaciones. Dicen que me va a hacer bien el aire del campo porque estoy muy flaca. Me llamo Fabiana, pero me dicen Fabi. ¿En qué grado estás?

Bebe no sabe qué contestar.

—¿No vas a la escuela?

Bebe sigue callado.

Vio muchas veces a los muchachos entrando a la escuela; acostumbraba acompañarlos hasta la puerta, como un perro faldero, para escuchar las burlas o recibir una bola de papel en la cabezota.

—¿Tu mamá no te manda?

El niño menea la cabeza.

La niña se encoge de hombros.

—¿Y qué estabas haciendo?

Bebe sonríe con franqueza, que es la única manera de sonreír que conoce. Le muestra el palo y se lo alcanza. Se mueve dando lugar a la visita para que se ubique junto a él. Siempre sonriendo, con un gesto grotesco, le indica el pozo.

—¿Y cómo lo hacés?

Bebe toma el palo de la mano de Fabi. Lo hace con delicadeza, temiendo tocarla y, con ese toque, romperla.

Le muestra. La niña prueba.

En realidad, ella espera un suceso extraordinario de esa excavación: encontrar agua, bichos, algo escondido. Pero, al ver que nada aparece, se cansa.

—¿No sabés jugar a otra cosa?

Bebe la mira frunciendo el ceño.

Fabiana permanece en silencio.

Mira la tremenda cabeza, las manos enormes, los pies grandísimos y el rictus de angustia que se dibuja en la cara de la criatura. La mirada de Fabi se transforma en una mirada de pie-

dad, que habría de ser la única lástima sincera que recibiría a lo largo de su vida, el Bebe.

4

Fabi le enseña juegos. Ríen juntos. Todos los días el Bebe la aguarda y se ruborizan sus mejillas de solo verla.

Ella tira la pelota y el Bebe la devuelve.

Un grupo de chicos, rumbo al río.

—¡Miren al Bebe! —gritan—. ¡Juega a la pelota!

—¡Bien, Bebé, qué arquero!

Luego, a coro:

—¡El Bebe tiene novia! ¡Tiene novia!

Un fuego quema las entrañas del Bebe, le sube como una hoguera incendiándole la cara desencajada.

Se agacha a recoger piedras.

—¡Sí, soy la novia! ¿Qué hay?

Las manos de Fabi, en la cintura, en gesto desafiante.

—Dejá, no le tirés, ya se van.

Bebe se incorpora lentamente.

Sus ojos están rebalsados de lágrimas de rabia.

Poco a poco, sus ojos se llenan de desconocidas esperanzas.

A Bebe no le importa que los chicos vuelvan a gritar:

—¡El Bebe tiene novia!

Y se rían a carcajadas, alejándose por el camino.

5

Los últimos días casi no se ven. Los tíos han tenido un repentino temor. Es mejor que no ande con ese muchacho.

Bebe no comprende por qué ella se queda al lado de la casa jugando sola. Tampoco entiende la razón por la que debe irse. ¿Por qué no se queda en el campo?

El día en que el auto regresa para llevarse a Fabi, el Bebe se hace el que no oye cuando la niña lo llama a los gritos para despedirse. Tirado en el piso, se esconde entre los yuyos.

Bebe no quiere despedidas.

No quiere ninguna cosa de este mundo si su novia se va del campo hasta un lugar que no imagina pueda existir.

El ruido del motor queda flotando en el aire, envuelto en una nube de tierra junto a los perros, a los ladridos y al llanto del Bebe que, de pie, a un costado del camino, ve al coche cruzar la tranquera.

6

La espera cada verano. Diez veranos.

Cuando pueda, él viajará a la ciudad. Le dirá que se casen y vivirán en la chacra. Trabajará, será su esclavo, pasearán juntos y nadie les gritara nada.

El Bebe tiene veintidós años.

Su cuerpo se ha hecho más grande, más tosco y bruto.

Su cara es la misma.

La piel está repleta de granitos de acné tardío.

El pasado invierno, murió su madre.

Ahora, el Bebe ayuda a cocer los ladrillos, da de comer a los cerdos y a las gallinas, tira la basura.

Se siguen riendo de su aspecto: de su pelo cortado al ras, de su silueta ridícula, de su voz hueca y gutural. Nada le importa que se burlen.

Solo desea el regreso de Fabi.

En esa ilusión se desarrolla su existencia.

En el sueño de darle un beso.

El primer beso de su vida porque el Bebe no sabe de mujeres ni de besos ni de placeres.

Todo es nada más que esa espera.

El Bebe está sentado, cerca del chiquero, trata de quitarse una espina que se clavó en uno de sus dedos.

Es verano, cerca del mediodía, comienza a hacer calor.

Primero, el Bebe escucha el sonido del motor; después, levanta la vista y ve cómo el auto disminuye la velocidad y se detiene a unos metros, delante de la casa.

Ve a los patrones alzar los brazos y a los que llegan dar besos y palmadas.

Y ve, apenas, cubierta por los demás, a una muchacha.

Fabi está de vuelta.

7

Se lava la cara dos veces.

Se peina sus pelos como alambres. Se pone la mejor ropa: la camisa zurcida en el codo, los pantalones azules, que le llegan hasta los tobillos y los viejos zapatos (hoy no se pone las alpargatas), más chicos que sus enormes pies.

Sale, mirando desde lejos.

En medio de un grupo de gente, ve a una joven que le parece más hermosa que todas las chicas que ha visto en su vida.

Es una señorita de figura atractiva, vestida con pantalones ajustados y una blusa ceñida al talle. Su pelo es muy largo, muy lacio. La reconoce enseguida. Aunque la viera entre mil mujeres, la podría señalar.

Tiene miedo, pero se decide a ir.

El Bebe corre hasta la parte posterior de la casa.

Corta una margarita silvestre y regresa al frente, corriendo.

Después, con lentitud, jadeando, se aproxima a la gente.

La mano en la espalda, escondiendo la flor.

Se detiene.

El corazón le late casi rompiéndole las costillas.

Ellos hablan, parecen contentos.

La patrona ve al Bebe y, levantando la cabeza, justo por encima del hombro de Fabi, con un poco de molestia, le pregunta:

—¿Qué pasa?

El Bebe se queda mudo, enrojecido de vergüenza.

Entonces, Fabi gira el cuerpo.

Sonríe recordando en ese muchachote grandote y grotesco al chico que jugó con ella en la infancia.

Sin volverse por completo, lo mira de pies a cabeza.

—¿Vos sos Bebe, no?

Él no contesta.

Titubea. Atina a dar un paso.

Va a continuar hasta llegar junto a ella y darle la flor.

Fabiana gira sobre sus talones, otra vez dándole la espalda, y le dice a los demás:

—Este todavía está acá, pobre tipo.

El Bebe la escucha.

Es un latigazo.

Su mano estruja la margarita.

—¿Qué querés, Bebe? —insiste la patrona.

Él no habla. Es demasiado tonto para entender todo lo que ocurrió en estos años, pero en su interior algo se ha roto.

Los pájaros están volando mientras una vaca rumia y las gallinas caminan perdiendo plumas y hay olor a excrementos y a yuyos y unos muchachos van saltando la alambrada para cazar ranas y el cielo está azul y claro y el Bebe, con un palito, hace un hoyo sobre la tierra.

El viejo de los molinos de fósforos

El viejo fabricaba hermosos molinos de fósforos, pero hacía mes y medio que no vendía ninguno.

La mala suerte lo acompañaba en los últimos diez años.

Las manos del viejo no funcionaban como antes y debía emplear mucha más paciencia en la tarea de unir los fósforos recortados. Sus manos estaban cubiertas de manchas pardas y la piel se había oscurecido y achicharrado.

La cara del viejo se había llenado de arrugas y su nariz, estirado a medida que se hundieron sus mejillas.

Poco cabello le quedaba, pero era largo y gris y cubría por completo su nuca y, en un mechón todavía rebelde, caía sobre su frente cortada por finos surcos alrededor de una grieta notoria que la recorría de un extremo al otro.

Los ojos del viejo eran jóvenes. Brillaban como si estuvieran llenos de sueños, aún.

El viejo tenía un hijo y una hija. Sin embargo, estaba solo.

Su hogar era una pieza pequeña, donde el viejo cocinaba y usaba una vasija para orinar.

Dormía de cara a la pared sobre la cama de una plaza que nunca se preocupaba en tender.

En la mesa, ubicaba los fósforos, las pinzas, el alicate, la goma de pegar y los demás utensilios para construir sus molinos.

La mesa se encontraba debajo de una lámpara que daba una luz tan mortecina que el viejo debía trabajar con la luz del día.

Con el mes actual eran dos los que adeudaba de alquiler.

El viejo tomaba sopa y comía arroz y ya no tenía dinero para comprar la comida.

El dueño de casa, que alquilaba cinco piezas a cuatro familias y al viejo y se había reservado tres habitaciones al frente para él y su esposa, no dejaba escapar cada oportunidad para reclamar el pago.

—Cuando venda un molino —decía el viejo y su voz estaba tan cansada como su cuerpo.

—Me lo dice siempre —respondía el dueño, frunciendo el ceño—. ¿Qué hacen sus hijos?

El viejo meneaba la cabeza sin decir palabra.

Se despertaba al amanecer, retocando los mismos molinos que ya no podían ser mejorados y el viejo entendía que algo en él se iba acabando.

Salía a recorrer negocios, pero los antiguos clientes ya no le compraban como antes.

—Venga el mes que viene. Por ahora, tengo los que me dejó. El de la vidriera sirve más de adorno que para otra cosa.

El viejo sonreía echando una mirada al molino de la vidriera y sentía como si viera a un amigo de toda la vida.

El viejo regresaba a su pieza y, sentado frente a la mesa, volvía al pasado.

En uno de esos días, el viejo decidió que realizar un último esfuerzo y, de una gran caja de cartón, sacó una casa.

Era una casa de dos plantas, con jardín al frente y un techo a dos aguas. La puerta de entrada tenía un pequeño picaporte, un llamador y una mirilla. Y esa puerta podía abrirse como levantarse la puerta ancha del garaje y abrirse y cerrarse las celosías de cada ventana.

El interior de la casa tenía un living con sillones, mesas, hogar y cuadros diminutos pintados por el viejo con la punta de un cabello y enmarcados en cuatro pedacitos de fósforos.

El comedor, con su mesa larga y las doce sillas tapizadas, estaba listo para recibir visitas luciendo su impecable mantel, las cortinas blancas, las lámparas doradas. Tres eran los dormitorios con sus camas, mesas de noche, armarios repletos de ropas de diversos colores.

La cocina era amplia y en los estantes estaban las ollas y los sartenes de arcilla pintada. Los baños simulaban estar cubiertos por cerámicas y no faltaban los grifos ni el espejo.

La casa tenía habitación de servicio y altillo. Y podía ser iluminada con luces que el viejo encendía y apagaba a voluntad con una botonera conectada a la casa con cables que pasaban por debajo de ella.

El viejo introdujo una pequeña pinza por las puertas y ventanas acomodando los muebles.

Con barniz, la retocó por dentro y por fuera.

Toda la noche la pasó arreglando su trabajo de cuatro años.

La casa era un regalo del viejo a su mujer y era lo mejor y más bello que había logrado crear.

Cuando amaneció, el viejo permanecía quieto, contemplando la casa.

Como todas las mañanas, el dueño golpeó la puerta, reclamando el alquiler.

—No me dé la excusa de los molinos. ¿Por qué no le pide a sus hijos?

Por encima de los hombros del viejo, vio la casa en miniatura completamente iluminada.

Se metió en la pieza. Dobló el cuerpo delante de la casa y, estirando el cuello, miró a través de las ventanas.

—Una maravilla —dijo.

El viejo se estremeció.

Hacía muchos años que no escuchaba una palabra de aliento.

Poco después, las cuatro familias y la señora del dueño estaban en el cuarto alabando la obra del viejo.

El viejo escuchaba los elogios y sus ojos brillaban como brillaban cuando era joven.

Por la tarde, el viejo metió la casa en una gigantesca caja de cartón y la cargó a duras penas.

Unos chicos lo siguieron por el patio y el largo zaguán.

Escuchó una voz de mujer deseándole suerte.

Al salir a la calle, el aire fresco lo conmovió.

El viejo experimentaba una rara sensación: como si se encontrara a punto de acabar con una parte de sí mismo.

Cruzó la vereda y pensó cuánto podría pedir por la casa.

No se consoló con ningún valor.

Caminó varias cuadras, subiendo y bajando los cordones de las veredas de la calle Patricios.

A medida que caminaba, sentía los brazos más cansados y las piernas sosteniéndolo sin firmeza.

Oyó que corrían hacia él.

El viejo se había caído.

Tenía un corte en la sien y lastimada una mano.

A medida que se levantaba, su mirada buscaba la caja.

La vio dada vuelta.

Había caído desde la vereda a la calle empedrada.

Dio una voltereta y quedó al revés.

Un muchacho la levantó con dificultad.

Era muy grande y pesada.

—¿Cómo pudo levantar esto, abuelo? —dijo el muchacho.

El viejo no contestó.

Un hilillo de sangre se deslizó por su frente.

El viejo lo secó con el dorso de la mano.

—Parece que se rompió todo lo que había adentro —dijo el muchacho, acercándole la caja.

El viejo apretó los labios.

—¿Qué llevaba en la caja, abuelo? —preguntó la mujer.

El viejo demoró en contestarle.

El cielo estaba cubierto de nubes grises.

El viento era frío.

El viejo dijo:

—Nada importante.

Los ecos

Dos gorriones picotean los trozos de hilo que aún permanecen atados a los hierros negros del balcón. La vieja apoya la nariz contra el vidrio de la ventana y los mira como abstraída.

Arruga el entrecejo, achicando los ojos, molesta por los reflejos del sol. Carraspea y tose girando, mientras anuda el cinto de su batón descolorido.

—Hace lindo día, José —dice, yendo a calentar la pava.

La habitación está revuelta. El piso sucio. El armario tiene el espejo de la puerta quebrado. El colchón, sin sábanas, muestra grandes manchas amarillentas, y las almohadas carecen de fundas. La única mesa de noche está cubierta de cajitas vacías que rodean al velador sin pantalla.

La vieja se frota las manos. Mueve los hombros, endurece el pecho. Ha tenido un temblor.

—Pero parece que va a hacer frío —dice, colgada, todavía, de la frase anterior.

La pava comienza a soltar vapor por el pico. La vieja pone pava, mate y azucarera sobre una silla y se sienta en la cama.

—¿Qué estarán haciendo los chicos? —murmura.

La flor roja toma forma definida con las últimas puntadas. Estira la servilleta. A su lado, la chica cose casi sin moverse.

—Ya está. Precioso. ¿No es cierto?

—Sí, señora —responde la chica, suspendiendo la costura.

—¿Y qué sabés vos? Si sos una ignorante, una negrita roñosa que apenas sabe escribir.

La chica inclina la cabeza y continúa con el zurcido.

—¡Mirate! ¡Sucia, mugrienta! Los pelos grasientos. ¡Y ese vestido! ¿Quién te lo dio?

—Usted, señora —dice con timidez, empezando a sentir el miedo de siempre.

—¿Yo? ¡No! ¡Yo no regalo porquerías! ¡Mentirosa! Un hombre. Te lo dio un hombre. Sos una ramera, te conozco. ¿Te creés que no veo? ¿Soy ciega? No, querida. Yo me hago la tonta. Pero no hay ningún detalle que se me escape. Yo puedo ver cosas que nadie ve. Y te vi. Te vi mirando a los hombres. Y a mi marido.

—Señora, no.

—No me engañás. ¿Sabés por qué te aguanto? Porque me das lástima. Sos una pobre infeliz. Todavía ni pechos tenés y querés a un hombre como mi marido. Él es mi hombre. ¿Entendiste, mocosa de porquería?

Sus ojos están enrojecidos, desmesuradamente abiertos.

Es baja, delgada; su rostro, bello y pálido. Sus manos, muy blancas, pequeñas y delicadas, manotean brutalmente el aire.

—¿Entendés? ¡Te voy a matar! ¡Yo te voy a enseñar! —se pone de pie, tiene una tijera en la mano.

—No, señora, no —la chica suelta la costura.

En una reacción instintiva, se toma del respaldo de la silla, buscando una oposición entre ella y la mujer.

—¡Hija del pecado! Nacida de una prostituta y de cualquier hombre. Yo lo sé. Yo sé bien quién fue tu madre. Lo que nace podrido, podrido está. ¡Asquerosa!

La chica parece más insignificante que nunca.

Retrocede, dando vueltas alrededor de la mesa.

Es casi una niña.

—¡Por favor, señora! ¡Yo no hice nada!

—¿No? Mosca muerta. Muerta en la carroña. Yo te voy a enseñar. ¿Cómo te atreviste a meterte con mi marido?

La sujeta del brazo.

La chica se siente acorralada, el miedo la inmoviliza.

—¡Ay! —gime cuando la mujer le retuerce el brazo.

—¿Te duele? ¿Te duele mucho? ¿Y qué más te duele, eh?

El sonido de la llave en la cerradura, el picaporte girando, el empujón a la puerta de calle.

La mujer se separa de la chica con un movimiento rápido.

La chica respira aliviada, acariciando su brazo lastimado.

—Hola, querido —dice la mujer, con una voz diferente, serena, totalmente ajena a los aullidos de recién.

El hombre se mantiene de pie, la besa en la frente y se sienta a la mesa abriendo el diario.

—¿Qué novedades hay?

—Lo de siempre. Te sirvo unos mates.

Mira a la chica y le dice:

—Elsa, querida, por favor andá y calentá el agua.

Elsa titubea.

—Ya voy, señora —dice, con la voz apagada.

El marido se pone los anteojos y comienza a leer.

—Viejo... ¿Te gustan las servilletas? Acabo de bordarlas.

La vieja mastica un pedazo de pan. Llena el mate de agua. Chupa de la bombilla.

Sus manos tiemblan permanentemente.

—Siempre estoy pensando en lo que andarán haciendo los chicos. Cuando salen, pienso dónde andarán. Lo importante es que son buenos. Me regalaron un chal para el cumpleaños.

Extiende la mano ofreciendo un mate.

—¿Te acordás cuando nació Raulito? Yo no sabía qué hacer. Se le partió un diente a los dos años. Era infernal ese chico. Fijate que Elisa no fue así. Ella salió más reconcentrada. Daba la impresión de estar pensando cosas importantes.

La vieja mira las maderas sucias del piso. Parece buscar los rrecuerdos entre las vetas oscuras.

Se pone a reír. Se ríen su boca, sus labios finos.

Sus ojos parecen sin vida.

Yo fui a verla. La noche anterior, no dormí. Recé y recé. ¿Me querrá después de tantos años? Mientras viajábamos en el co-

che de mi marido, él es viajante de comercio, está acostumbrado a ir de un lugar al otro. Qué le digo, si usted ya lo sabe. Fuimos juntos. Éramos muy compañeros. Yo nunca tuve otro hombre. Lo quise tanto. Es un hombre muy bueno. Muy trabajador. Quiere mucho a los chicos.

Íbamos en ese auto negro, levantando la tierra del camino. Por allí no hay casas. Únicamente largas extensiones de campo árido. A los lejos, usted ve algunos árboles y el horizonte. No se ven animales ni gente. Después de un viaje tan largo, llegamos a una casa, más bien, le diría, un rancho. No había puerta de entrada, sino una lona colgada. Había varias criaturas, muy descuidadas, jugando afuera.

¿Sabe qué pensé? A lo mejor, alguno de esos chicos es hermano mío y no lo conozco. Yo no podía bajarme del auto. El pecho parecía estallarme. Tenía los ojos llenos de lágrimas. La garganta me dolía. Como si me estuvieran clavando dedos desde adentro. En mi falda, llevaba un paquete donde había envuelto, con toda delicadeza, un mantel de hilo y doce servilletas que yo misma había bordado. Bordo bastante bien. Aprendí en la casa en donde me criaron.

Esas mujeres no me trataron como a una sirvienta, sino como a una hija o, mejor dicho, como a una sobrina. Eran dos mujeres muy buenas. Pero no volví a verlas después que me casé. En esa casa me había dejado mi madre cuando yo tenía cinco años. Se dará cuenta que no la conocí. No tenía ningún recuerdo de ella.

Y, de pronto, cuando yo ya era una mujer, con marido, con hijos, estaba ahí, esperando que ella saliera de ese rancho miserable. A mí que me importaba dónde viviera, si era culta o ignorante. Era mi mamá. ¿Sabe cómo soñé con ese momento?

Imaginé que ella se quedaría mirándome sin saber qué hacer, entonces, yo la abrazaría y lloraríamos juntas, apretándonos muy fuerte. Ese abrazo de mi mamá era lo que me reconfortaría de todo. Sería el principio para olvidar lo malo.

Mi marido bajó del coche.

Lo veo así: su cuerpo robusto, su pelo enrulado en la nuca, su andar seguro, con esa seguridad que tienen los hombres habituados a estar en todo tipo de sitios. Parecía raro en su traje a rayas. Contrastaba con la pobreza del lugar.

Los chicos empezaron a caminar junto a él, acompañándolo en su marcha hacia la casa.

Una de las criaturas, no tendría más de seis o siete meses, con la cola al aire, sentado en la tierra, junto a un charco, empezó a llorar a los gritos.

Me dolían los oídos, me duelen los oídos con ese llanto. Siempre lo oigo. Todas las noches. El chico llora y ahí está esa mujer. Se para frente a mi marido. No sé cómo es. No la vi.

Sabía que era mi mamá. Pero yo no la veía. Estaba mordiéndome los labios y sabía que no podría aguantar más las ganas de llorar. La vi decir que no con la cabeza. Mi marido pareció explicarle algo. Ella decía que no y se dio vuelta.

Él la tomó del brazo y ella se separó con violencia.

Escuché, entre los chillidos y los zumbidos de mi cabeza, que él la insultaba. Lo vi regresar, cejijunto, rojo de cólera, los puños apretados. Lo vi pararse, un momento, delante del paragolpes, mirar el suelo, como buscando relajarse.

Abrió la puerta del coche y la cerró.

Comprendí que tuvo la precaución de no dar un portazo.

Los chicos se amontonaron alrededor del auto, mirando por las ventanillas. Nos miraban con la avidez de quienes nada conocen del mundo.

Yo apretaba el paquete. Recuerdo que el papel era celeste, con flores azules y *una cinta, también, azul, lo ceñía rematando en un moño que hice y deshice infinidad de veces, hasta que quedara bien.*

—Dice esta mujer que tu mamá vivía acá, pero que se mudó y parece ser que... —aquí dudó y yo esperé la mentira con resignación, que era lo único que me quedaba—. Falleció hace mucho.

El coche arrancó. Una nube de polvo se alzó detrás de nosotros, cubriendo los cuerpos de los niños.

Yo no lloré. Apreté las mandíbulas, chirriaron mis dientes. El papel del regalo se desgarró por la presión de mis uñas. Pero no lloré. Le juro que no lloré.

La vieja se puso de pie. Anduvo con lentitud por la pieza invadida ya por la fuerte luz solar.

—Si no hace tanto frío, más tarde podemos salir a dar un paseo. Hace mucho que no salimos.

—Le hablo no como médico, como amigo. Usted debe pensar en sus hijos y en usted. No tiene sentido lo que sigue haciendo. Debe rehacer su vida.

—¿Y si ella sana un día? ¿Qué será de ella? ¿Qué voy a decirle? No puedo abandonarla aquí. ¿Comprende que es por mí que sigo viniendo? No puedo dejarla sola. Suelo despertarme afiebrado, lleno de desesperación. Entre sueños, ella ha regresado. Quiere estar junto a nosotros. Y está sana y tan hermosa como lo fue siempre.

—Su mujer padece de esquizofrenia, amigo. Lo sabe bien. Usted ha llegado a usar el chaleco de fuerza en su propia casa para no tener que internarla. De una buena vez, debe entender que ella ya no pertenece a este mundo. No reconoce a nadie. Ni lo reconocerá.

—Tengo ganas de escribirle a Catalina. Debe seguir viviendo en la misma casa. Hace tanto que no tenemos noticias de ella.

La vieja trata de enhebrar el hilo en una aguja.

—Ya no tengo la vista de antes. Necesito anteojos.

—Ya no viven acá. Se mudaron hace uno veinticinco años. De los chicos no supe nada más. De él, nos enteramos porque siguió

trabajando de viajante unos cuantos años, pero puso un negocio no sé por dónde. No sé qué decirte. Él se volvió a casar. Ella era una buena mujer, pero los chicos no la querían. La despreciaban. Él los echó de la casa. Se peleaban mucho. Me parece que no hizo bien. Vení, pasá. No, no te vayas. ¿Adónde vas a ir?

La vieja consigue pasar el hilo por el ojo de la aguja.

Siente frío en los pies. Se pone medias.

—Te dije que iba a refrescar —dice.

Camina hasta el ropero.

Saca un abrigo desgastado y se lo pone sobre los hombros.

El espejo adosado a la puerta del ropero le devuelve su imagen, encorvada, arrugada, y, por detrás de ella, la habitación fría y solitaria.

Semilla mala

Fue una noche interminable para Francisco. Escapada de la celosía, la primera luz transforma las siluetas borrosas en objetos conocidos.

La mujer mueve el cuerpo (chato, corto, seco árbol múltiple en frutos extraños a sí), interrumpiendo, por un instante inacabable, la áspera disonancia del ronquido.

Francisco respira hondo, contiene la respiración y la suelta suavemente, como temiendo romper el espacio.

¿Para qué tuvo ella que decir lo que dijo?

¿Por qué tuvo él que escucharla?

Hace mucho piensa en lo mismo.

La idea surgió con aquellas palabras que él creyó significaban lo que más tarde pensó.

Cuando, por primera vez, la idea machacó en su cerebro sintió miedo, horror y vergüenza. Días después, viéndolo comer, Francisco ya no tuvo miedo ni horror ni vergüenza sino una lástima profunda.

Decidió no retroceder y aguardar un día propicio.

Los domingos todos se levantan más tarde y él tendría el tiempo suficiente. ¿Qué puede hacer? ¿Queda otro camino?

Se calza las alpargatas, gastadas y con hilos como bigotes en las puntas.

La bombacha la ajusta, en la cintura, con una faja deshilachada. Una camisa a cuadros; el pañuelo al cuello; el sombrero; la campera; y, con el primer esmero que tiene en su vida, abre y cierra tras de sí la puerta de la pieza.

La mujer abre los ojos, cesando de roncar. Suelta un suspiro y aprieta en los labios su preocupación.

Escucha el canto del gallo sin moverse, mira las chapas del techo sostenido por tirantes de madera.

¿En qué piensa?

Bruta y rabiosa, callada y resentida; incapaz de caricias y de cuidados para quienes la rodean, así es ella.

Forastera en los cariños, siente que su vida se conmueve. Sus ojos, siempre ausentes, se cubren con un sutil velo de lágrimas.

Ella permanece en silencio soportando la presión de una mano invisible en la garganta.

Da vuelta el cuerpo, poniéndose de costado y se tapa hasta la cabeza con la cobija.

El otro cuarto está en penumbras.

Cinco chicos duermen amontonados.

Francisco les dirige una mirada y solo en uno de ellos deja sus ojos quietos.

Se acerca, él nada menos, en puntas de pie, caminando sobre cristal. Llega al borde de la cama, corre las sábanas y toma al niño con sus grandes manotas. Lentamente, para no despertar a los demás, y, sobre todo, para no dañarlo, lo viste.

El niño lo mira con la mirada extraviada, los párpados abatidos por el sueño.

Le echa una cobija encima y sale.

Antes, recoge la escopeta.

El viento golpea el rostro de Francisco, que está acostumbrado a los vientos de esta tierra en la que hundió sus manos de inmigrante para sembrar semillas y ver nacer los maíces.

Camina como un sonámbulo, apretando al chico contra el pecho. Va hacia un punto negro que, delante de él, semeja la boca monstruosa de una caverna o el fondo de un abismo.

¿Qué puede hacer? Todos nacieron normales. ¿Por qué este no? ¿Quién decidió su destino?

¿Cuántas veces lo vio pasar las horas en el piso, inútil y perdido, amontonando piedritas y desparramándolas en un gesto tonto y brusco?

¿Quién hubiera adivinado que era esto lo que habitaba en el vientre grueso que la madre portaba como un trofeo?

Sus hermanos gritan, saltan, díscolos y briosos.

Él, en cambio camina bamboleando el cuerpo diminuto, volcando la cabeza hacia uno y otro lado.

¿Qué misterios oculta? ¿Sentirá dolor, angustia, soledad? Su mundo se compone de formas y esencias distintas a la de todos.

¿Quién puede entender los extraños recovecos de su mente?

Francisco nunca lo vio reír ni escuchó su voz más que pronunciando sonidos guturales. ¿Es vida esa?

¿Es vida saber que no sirve para nada y nunca servirá?

¿Qué será de él cuando ellos ya no estén?

Tiene cinco años y el padre no recuerda otra cosa que verlo babeándose, orinándose, ensuciándose encima y, después, su mujer vistiéndolo, dándole de comer, todo con una sorda resignación en la cual Francisco advirtió un gran rencor.

Ella dijo:

—No sé para qué está vivo.

Al escucharle, se encendió en Francisco el pensamiento que le dio miedo, horror y vergüenza.

Se derrumbó en la tortura de un infierno que siempre había estado presente y su monótona vida de todos los días, se convirtió en una pesadilla.

Confundido por el peso de los acontecimientos, se dejó arrastrar por un destino siniestro. Y, al fin, aceptó.

Un cuí atraviesa el camino. Ladran los perros de las chacras vecinas. Los molinos trabajan bombeando agua, se ven las enormes aspas girando suavemente.

Cada árbol, cada charco, cada mata de pasto grita la existencia. ¿Qué trozo despreciable de vida le tocó al niño?

¿Acaso Dios se olvidó de él?

El niño está adormecido sobre el hombro de Francisco.

¿Qué culpa tiene? ¿Paga un castigo?

Dios no puede estar viendo a Francisco cruzando el campo con el chico sobre un hombro y la escopeta en el otro.

¿Lo ve llegar al monte, acercarse a un árbol y dejar al niño en el suelo?

Francisco ve a su pequeño hijo acurrucado contra el árbol, mirando sin entender, y recuerda a esos animalitos acorralados que parecen rogar por su vida.

Francisco retrocede descolgando la escopeta, que recorre su brazo y es tomada por la mano izquierda mientras la derecha saca, del bolsillo de la camisa, dos cartuchos.

Abre el arma, la carga y la afirma contra el hombro.

—¡Dio! —exclama y cierra los ojos.

El hombre se arrodilla, pasa su mano, áspera y callosa, por la cara de su hijo, secándole los labios empapados de saliva.

Lo toma entre sus brazos, le mira el pecho destrozado y, cuidadosamente, lo deja en el pozo que cavó el día anterior.

Con la mente en blanco, va cubriéndolo con tierra.

El colmillo y la garra

Era cosa de todos los días verlo inclinado sobre la mesa componiendo los relojes, junto a la vidriera del negocio.

Waisman trabajaba con una constancia inclaudicable.

Recuerdo el desprecio con que criticaban su avaricia, la gran fortuna que acumulaba con una usura impía, la vida opaca y la casa insignificante pudiendo ser el más espléndido y de mejor vivienda; la ropa gastada que usaba año tras año, negándose a cambiarla. Se decía que ahorraba la cena, nunca comiendo en las noches, y que jamás se lo había visto salir a divertirse.

Recuerdo, también, que los mismos que nada le disculpaban movían reverentes las cabezas saludándolo cada vez que el relojero daba una caminata a la hora de la siesta, poco después del almuerzo.

Él parecía abstraerse del mundo. Conservaba un aspecto sereno y digno que contradecía todos los chismes.

En el verano, solía vestir una camisa blanca abrochada en los puños. Cuando hacía más frío, utilizaba un sobretodo negro con el cuello alzado. Su rostro era oval, de brillante palidez. Sus ojos eran pequeños, de expresión vivaz.

Caminaba con la espalda ligeramente encorvada, como si buscara un objeto extraviado. El paseo de la hora de la siesta parecía ser su único entretenimiento.

La ciudad era bastante grande: en la calle principal había numerosos comercios, el bar más concurrido ocupaba una esquina y el tránsito, si bien era lento y espaciado, abundante.

Desde el bulevar sobre las barrancas, que se extendían a lo largo del río, se podía observar el sereno deslizar del agua y el definido color verde de la vegetación.

Los veranos eran cálidos y extensos y el cielo se veía claro, intensamente azul en el día y cubierto de estrellas por la noche.

Waisman permanecía aislado del paisaje y de la gente. Después de la muerte de su esposa, con la única persona con la que se lo veía conversar era Grinberg, un hombrecito de orejas puntiagudas, dueño de una lencería.

Hablaban en baja voz, con desgano, sin mirarse a los ojos, parados en la ochava del negocio de Grinberg; y se despedían palmeándose los brazos.

A pesar de aparentarlo, Waisman no era un solitario.

Tenía una hija en la que concentraba su interés y energía actuando como un padre cariñoso, pero débil.

Alejandra tenía la piel muy clara y pechos grandes para su edad. A primera vista, su aspecto era angelical, pero bastaba contemplarla con detenimiento para que se creyera que nada inocente había en ella.

Pensaban que Alejandra, como muchas mujeres, poseía la figura de un maniquí y el alma de un tacho de basura.

No sé de qué manera se puso de moda.

Esto significaba, entonces y en la ciudad, salir con distintos muchachos y tener muchos interesados en acostarse con ella.

Cuando todavía no había cumplido dieciséis años, ya le resultaba difícil encontrar a alguien dispuesto a pasearla como novia.

Las mujeres eran vistas como «la novia de...» o «la hembra de...». Alejandra formaba parte de este último grupo.

Era la época en que empezaban a llegar discos de Los Beatles y algunos se atrevían a usar remeras de colores chillones y a bailar suelto.

Se hablaba de las corbatas italianas, de los coches de dimensiones reducidas y de las películas de Bergman. Tener pelo largo, llevarlo sin gomina, era cosa de maricas.

Decir que en el país había gente que pasaba hambre y que éramos dependientes de Estados Unidos e Inglaterra, era ser un resentido social.

Para ser bueno y aceptado había que ser como todos.

Waisman y Alejandra eran distintos. Quizás, se los obligaba a serlo. La mayor parte de la gente no es como se muestra y suele actuar de acuerdo a la opinión ajena.

Alejandra daba la sensación de estar siempre queriendo llamar la atención. Parecía que ella pretendía mostrar a los demás de lo que era capaz. Conquistar a un hombre era obtener una victoria. Como decirle a las otras mujeres:

—Yo soy la mejor, aunque soy judía y digan que mi viejo es un miserable.

Durante un verano dijeron que se había hecho un aborto.

Le acreditaron la paternidad a Oscar, que se paseó ufano sin soltar palabra, pero sugiriendo que había asumido la responsabilidad de los gastos.

Yo no hablaba con Alejandra, pero solíamos saludarnos de vez en cuando. Como en el caso de muchos otros, nos veíamos casi a diario en el bar o en el club y conocíamos cuanto era posible de la vida personal de cada uno de nosotros dos. Eso no era suficiente como para considerarnos amigos.

Me acuerdo que ese año Alejandra viajó a Buenos Aires en varias ocasiones. Hacía poco, había tenido un desmayo en el balneario y otro, días más tarde, a la salida del cine.

Fueron actos propicios para que aseguraran un nuevo embarazo y que los viajes a Buenos Aires tenían el motivo de encontrarse con el nuevo amorío.

Me parece que hablábamos de la revolución cubana cuando Mercedes entró al bar y se sentó en nuestra mesa.

Tenía la punta de la nariz roja por el frío.

Se sentó de espalda a la ventana, los vidrios estaban empañados y la calle vacía.

—¿Saben qué tiene Alejandra? —dijo, sin sacarse el abrigo.

La muerte.

Por primera vez la veía corporizada.

La muerte ya no era algo lejano y abstracto. No era el final de todo, remoto e indefinible. Una bruma.

Estaba allí. Metida en el cuerpo de Alejandra. Caminando con ella, comiendo, riendo.

Entonces, comprendí que la muerte no estaba fuera de nosotros. Que no era algo vago, una garra enorme e invisible que nos atrapaba viniendo desde fuera de nosotros.

Todos la llevábamos en nuestro interior, sin que tuviéramos consciencia de ello.

Habíamos nacido con la muerte.

A cada instante morían, poco a poco, nuestros huesos, nuestros músculos, cada órgano, cada célula.

Crecía hora tras hora, quitándonos, lentamente, el tiempo y el espacio, hasta revelarse imprevistamente, haciéndonos creer que había llegado cuando siempre había estado ahí, en nosotros, oculta y agazapada, esperando.

Mi primer encuentro con Waisman, en ese período, me provocó espanto.

El relojero tenía la cara demacrada, se habían profundizado sus arrugas y sus piernas se movían como las de un hombre enfermo. El peso de cien años le caía encima.

A través de él, supe que la muerte no solo destruye a quien eligió, sino a cuantos le aman.

Waisman y Alejandra eran dos condenados: uno, a morir; el otro, a seguir viviendo.

¿Cuánto tiempo tendría que pasar para que uno lograra acostumbrarse al dolor de lo perdido?

Alejandra había engordado.

Su cara angulosa estaba inflamada y colorada, por efecto del tratamiento. Salía con sus amigas, divirtiéndose con mesura.

Sus actitudes eran menos agresivas y su manera de vestir, antes, provocativa en exceso, se había vuelto más recatada.

Al verla, me preguntaba cuántas horas le quedarían.

¿Tendría tiempo para comprender su destino?

¿Por qué no decirle la verdad de lo que le estaba pasando?

¿Acaso no era ella la que se moría?

¿Por qué todos, excepto ella misma, conocían su destino?

En el baile de fin de año, crucé medio salón para acercarme a ella.

Alejandra conversaba con dos amigas y se sorprendió cuando la tomé del brazo, luego, sonrió: no esperaba que yo la sacara a bailar.

Al tenerla en los brazos, tocando la tela suave de su vestido, la sostuve con firmeza. Percibí el agradable olor de su perfume.

Sabía que los ojos de todos estaban puestos en nosotros.

Me sentí extraño.

Era una sensación particular: como si estuviera sostenido en el aire, casi sin dominio sobre las circunstancias.

La transparencia del vestido, el aroma del perfume, la música, sus senos firmes apretados contra mi pecho, sus manos alrededor de mi cuello, ¿eso era estar con la muerte?

De pronto, me invadió una tremenda tristeza.

Nunca había sentido por Alejandra ni la menor atracción, me pareció que ella era una parte de mí a la que debía proteger.

La atraje hacia mi cuerpo, abrazándola de una forma en la que ninguna otra vez abracé a una mujer.

La besé sin pasión, pero con la intensidad con la que puede despedirse a la mujer a la que hemos querido y que no volveremos a ver.

Era bastante tarde cuando la acompañé hasta su casa.

El cielo azul oscuro se había blanqueado y la luna estaba muy plateada. La oscuridad suavizaba la fachada de las casas.

La bebida me había dejado la boca muy seca, de modo que tenía que tragar saliva y mojarme los labios para hablar.

Seguramente, estaba borracho.

Nuestras voces parecían retumbar en las veredas vacías.

Íbamos abrazados y nos deteníamos para acariciarnos.

Aquella vereda de su casa estaba poblada de árboles.

La penumbra se rompía con el reflejo de una luz amarilla desprendida de un zaguán.

La atmósfera estaba cálida y flotaba el polen de las plantas.

Caminamos varios metros en silencio; de forma imprevista, Alejandra dijo:

—¿Vos me sacaste a bailar porque estoy enferma?

—Sí —le respondí y al escuchar mi voz la desconocí. Era como si otro hubiera hablado.

Alejandra se detuvo, inclinó la cabeza, se quedó callada.

Parecía pensar en algo o juntar fuerzas.

Me miró directamente a los ojos.

En su cara de enferma apareció una sonrisa desesperanzada.

—¿Me tenés lástima?

—No.

—Pero estás conmigo porque estoy enferma.

—Sí.

—Yo no tengo nada grave.

Su voz sonó muy débil, su voz era agradable.

Sostuve su mirada sin parpadear.

—Deben andar diciendo de todo sobre mí —hizo una mueca de desprecio.

—Siempre hablaron de vos.

—¿Y qué dicen ahora?

—Que tenés leucemia.

Ella se quedó en silencio.

Los brazos le cayeron por debajo de la cintura.

Los dos acabábamos de caer a un precipicio y no quedaba sino tocar fondo.

—¿Y qué me va a pasar?

No vacilé. Le dije:

—Te vas a morir.

Alejandra vivió cinco meses más.

Murió a fines de mayo.

En esas semanas, nos encontramos todos los días.

Jamás me preguntó por qué le había confesado la gravedad de su enfermedad ni a nadie le dijo que lo sabía.

El día de su velorio llegaron parientes de otros lugares, fue toda la reducida colectividad judía de la ciudad y amigos y amigas. Yo no fui. Tampoco al entierro.

¿De qué hubiera servido mi presencia?

No le hubiera dicho una palabra de consuelo a Waisman.

¿Para qué ir?

¿Para estar junto a los que nada le importaba una chica que había muerto, que se reirían de chistes estúpidos y se pondrían serios ante la presencia de Waisman?

La hipocresía, la farsa de una ceremonia vana, grotesca, la simulación de una congoja que se abandona al poner el pie fuera de la casa mortuoria.

A la semana siguiente del entierro, encontraron a Waisman en el galpón de su casa.

Se había colgado de un tirante del techo.

La herencia que les correspondió a sus primos consistió en la casa y el local del negocio, hipotecados por los gastos de curación de su hija. El mobiliario y la mercadería no representaban sino una ínfima suma.

Dieciocho años más tarde, todavía recuerdo el cuerpo desnudo de Alejandra, aferrándose con desesperación a la vida y dándome su intacta virginidad.

La señorita Ollainí

En el Tatural, más allá del cerro Las cuatro vírgenes, cruzando el arroyo, está la escuela. La ve enseguida si va por el Camino de Piedra. Usted sabe que en esos lugares no viven más que algunos ruanos. Andan con las cabras y las cruzan por el cerro para venderlas. Con lo que sacan, compran comida y vino. De los ruanos no quedan más de veinte o treinta. Viven en tepuanas de barro y paja. No tienen luz y el agua la sacan de los pozos que se llenan de lluvia o toman la del arroyo.

Yanay era la primera de ellos que iba a la escuela. En ese tiempo, tendría unos trece años y un pelo negro y largo que le llegaba más abajo de la cintura. Fue ella la que quiso ir a aprender. Los otros ni sabían qué era una escuela.

La maestra la encontró cerca del arroyo. La maestra iba en burro. Era una mujer joven. Me parece que no llegaba ni a los treinta o mucho menos. Muy blanca, con una cara como de muñeca. Como si fuera un juguete. Ella, le digo, parecía un juguete en medio de toda esa rudeza.

No sé cómo a alguien se le ocurrió poner la escuela en un sitio así. Los alumnos llegaban de lejos. Llegaban de Sorotán, de Villapaz, del monte. Viajaban horas para llegar. Como la maestra. Ella vivía en María Magdalena, imagínese el viaje que hacía. No menos de cuatro horas en burro. Y le digo que no faltaba nunca. Con el tiempo, la empezamos a llamar señorita Ollainí. Ella se llamaba

Mariana Deluca, pero ni nos acordábamos de ese nombre. Para nosotros, siempre fue la señorita Ollainí.

Cuando la encontró a Yanay, se dio cuenta que era arisca como todos los de por ahí. Le fue hablando de a poco. Sin bajarse del burro. Yanay le contestó pero, de repente, salió corriendo. La señorita Ollainí la siguió con la mirada pero se quedó quieta. Después, cruzó el arroyo como todos los días.

Nunca supimos cómo hizo pero a los días se apareció con Yanay. Fíjese que la señorita Ollainí no conocía palabra del idioma de los ruanos.

Nosotros nos mirábamos pensando qué habría hecho para convencer a los padres. Los ruanos apenas hablan entre ellos y menos con los de afuera. Son bien ariscos.

Le digo que Yanay era muy inteligente. Aprendió a hablar como nosotros y no sé si en un mes o dos ya estaba leyendo y escribiendo. Se imagina que cuando en todas partes se enteraron de que la señorita Ollainí le había enseñado a leer y escribir a una ruana, la empezaron a admirar y, cada vez, la escuela tenía más alumnos. Ella siempre andaba como contenta. Nos contaba historias, nos hablaba de pueblos que no conocíamos y que, a lo mejor, nunca íbamos a conocer.

Un día se apareció con unos dibujos del mar y así no enteramos que existía algo como eso. Nosotros todo lo que siempre habíamos visto eran el valle, los cerros, el monte y los arroyos, la tierra con los pastizales, los carpinchos y las totoras. No

nos habían contado de un lugar donde el agua se amontonaba y se iba tan lejos que no se podía ver.

Y de esas cosas fuimos sabiendo por la señorita Ollainí.

Mientras, Yanay estaba todo el tiempo a su lado.

Pegada como mosca a la neca. Le aseguro que ya hablaba como nosotros y eso que no habían sido más de cuatro meses desde que apareció.

Me gustaba Yanay. Ella no se fijaba en mí, pero me sentía bien cuando la veía aparecer desde el Ñuntairí. Era la única que llegaba caminando. Los demás, siempre en los burros, montados de a dos y de a tres.

Usted sabe cómo se reseca la tierra cuando empieza el calor. Dicen que el Venteojo se traga el viento y lo suelta si eructa después de comerse los tatús, los chiripines y los aberrocos.

Al principio, la señorita Ollainí nos decía que todo eso no era cierto. Pero un día dijo que el Sandoval había acompañado al hijo de Guimarez hasta el cielo.

La escuché que se lo decía a Guimarez, que estaba todo llorado. Le decía que con el Sandoval su hijo había ido sin miedo. También la oí hablando de encender la grasa en el potolo para que las cabras dieran más leche. Con los años, pensé si ella había llegado a creer en lo que creíamos o si sabía lo que era bueno para nosotros y lo aceptaba.

Una vez le pregunté si era verdad que el Huicha se llevaba a los chicos.

Miró como a cualquier parte, se encorvó de hombros, y me dijo: «Quién sabe. A lo mejor, se los lleva».

Así nos hablaba la señorita Ollainí y para nosotros era como si el Tata Beñi en persona lo hubiera dicho.

Yanay era la ladera que iba y venía por donde ella. Le preparaba licas de maíz y leche de cabra y las metía en el horno de barro justo el tiempo antes de que la señorita Ollainí llegara para que las comiera con el gusto caliente y crocante.

Me acuerdo que Yanay andaba con la pila de licas el día que la señorita Ollainí nos dijo que venían pasando cosas muy graves en otras partes.

Usted sabe cómo es por el lado del Tatural, que todo queda lejos y que nos parecía que no podía haber gente que hiciera lo que la señorita Ollainí contaba. Es que si ella lo decía, así era y no podía ser que fueran hombres, tenían que ser diabolos.

Le digo que no tenía yo más de seis o siete años cuando el Huicha se robó al hijo de Chiligüai. Lo vi cuando el Huicha lo soltó en el monte.

No dejó más que los huesos y los pelos de la cabeza.

El hijo de Chiligüai era mucho más chico que yo, de dos o tres, y le digo que lo masticó y se lo comió. Soñé todas las noches con el muertito. Hasta que la Maroña me hizo siete cruces en la frente y pude dormir sin sueños.

Yo le conté a la señorita Ollainí lo del hijo de Chiligüai. Le juré que no le quedaban más que los pelos y estaba todo así como

deshecho. La señorita Ollainí se quedó medio mirando para allá y acá y no decía nada.

—A lo mejor fue el Huicha. O los chanchos.

Dijo. Pensó un poco y dijo:

—Seguro fue el Huicha.

Al tiempo, la encontré en los ranchos del Huaspe, por donde vivían los Chiligüai.

Se había ido para saber del chico y cuándo había ocurrido. Fíjese usted, irse hasta el Huaspe interesada por un muertito de hacía años. De ir y venir era ella. De mucho escuchar y pensar en lo escuchado. Se fue no sé cuántas veces a lo de Chiligüai, más que nada por la mujer que tenía él y que venía a ser la madre del muertito. La Andresa le andaban diciendo, por ser la mujer del Andrés.

En casa dijeron que la señorita Ollainí andaba por los ranchos de los Chiligüai porque no se creía que fuera el Huicha el que se llevara al muertito. Por la hermana del Andrés supo de cosas y se enojó con la Andresa.

Mi mama andaba diciendo que la Andresa iba a ser castigada. Lo mismo hablaban todas las del Huaspe.

No les faltó razón porque la Andresa se llenó de granos en la cara y en el cuerpo. Los granos se le reventaban y le aparecían más grandes.

Dijeron que se le caía la piel y le quedaba la carne a la vista y hasta los huesos de los brazos se le veían.

La escuché a mama diciendo a doña Tonia que el Tata Beñi tiene la vista que ve más allá de lo lejos, los oídos que oyen los zumbidos de los aberrocos más atrás del cerro y que los brazos son tan largos que llegan adonde las cosas acaban. Que nadie se esconde del Tata Beñi. Por eso le quedaron nada más que los huesos y los pelos a la Andresa. Como le pasó al hijo.

Con el tiempo, no se habló más de eso. Y fue que la señorita Ollainí contó de los diabolos que estaban lejos y que supimos, mucho después, habían agarrado a su hermano.

Eso no lo supimos enseguida, sino con los años. Hasta saberlo no entendimos por qué la señorita Ollainí se la pasaba pensando y medio llorada y cuando nos contaba de los diabolos se le quedaba la voz en la garganta. No sé si era pena o rabia.

Me parece que las dos le iban juntas.

Una mañana, la vi con Yanay, sentadas al lado del arroyo. Miraban las dos al agua que pasaba y no se escuchaba las voces porque soltaban susurros entre ellas solas. Se la veía muy seria a Yanay, como si no quisiera perder palabra y entendiera más allá que cualquiera.

Me bajé del burro y lo mandé al Miguel, que vendría a ser mi hermano que me sigue, para que fuera a la escuela. Me senté en las piedras a mirarlas de atrás.

Le conté que me gustaba Yanay.

Vista de donde la veía parecía como si hubiera nacido para estar al lado del arroyo, con los cerros al fondo, y sentada en ese

lugar para siempre, como si la hubieran hecho piedra y río y valle y cerro. Podía ser asunto mío que la viera como la veía. Los ojos de cada uno ven a su forma. Las dos estuvieron mucho y no me vieron porque no se dieron vuelta nunca.

Cuando la señorita Ollainí se levantó, me eché para atrás y me llevé al burro agarrando los cueros y caminando adelante.

Al rato, entraron ellas a la escuela. Yanay se fue a su banco, más seria y firme que otras veces.

La señorita Ollainí sonrió y empezó a enseñarnos. No sé por qué me dio como un presentimiento. Le juro de buena fe que me dio como un presentimiento.

De chico era como que sabía cuándo iba a pasar alguna cosa mala, me agarraba como un escalofrío.

—¿Y qué has soñado?

—Y cosas malas.

—¿Cómo cuáles?

—Como la otra vez, mama. Como si viniera una nube negra de no sé dónde.

—Debe ser la Mala lo de tu sueño. La Mala anda viendo al que elige.

No pasaban ni dos noches que la Mala elegía y lo dejaba listo para el Sandoval. A eso no le tuve miedo. Los otros, sí. Yo no. No me asustaba la Mala y sabía que si me tocaba con la vara, el Sandoval me iba a acompañar y ni un susto iba a sentir.

Eso me pasó ese día en la escuela. El presentimiento.

Hasta hoy me lo acuerdo. Y ahí nomás fue que pasó a los pocos días. Y fue como le voy a decir lo que pasó.

La señorita Ollainí no se fue a María Magdalena y se quedó en la escuela. Con ella se quedó Yanay y anduvieron durmiendo en la tierra porque en la escuela no había piso que no fuera de tierra. Yanay buscaba comida y comían juntas y se quedaban de noche y de día.

La señorita Ollainí no quiso ir con los ruanos que le quisieron dar el alojo y todo el tiempo le pedía a Yanay que se fuera. Pero Yanay no se iba y le dijo bien claro que no se lo repitiera porque no la iba a dejar sola.

Cuando nos enseñaba, la señorita Ollainí parecía la de siempre, pero estaba distinta y no nos dábamos cuenta. Menos Yanay, que sabía lo que no sabíamos y nos enteramos un viernes, que me acuerdo que era viernes porque no me olvidé de nada en todos estos años.

Llegamos con mi hermano en el burro y, de lejos, bajando el cerro, vimos a los diabolos.

Eran muchos y tenían armas y andaban vestidos como nunca habíamos visto.

Después, supimos que eran soldados y se llevaban a la señorita Ollainí, como se habían llevado al hermano.

Se la llevaron a Yanay también.

No quedó nadie en la escuela y no hubo clases hasta que un día apareció otra maestra y anduvo avisando.

Nadie quería ir porque le preguntaban por la señorita Ollainí y decía que no sabía nada.

¿Cómo no iba a saber si las dos venían de la misma ciudad que yo conocí de grande?

En ese entonces, ni sabía que la señorita Ollainí cobraba un sueldo de hambre y ni cuenta me daba que todo lo que hacía era porque tenía mucha alma.

La nueva maestra la convenció a mama y fuimos de nuevo a la escuela. Terminó ese año y empezó el otro. No iban más que unos días de clase cuando la vimos aparecer a Yanay.

Le habían tuzado el pelo, como si fuera un varón y estaba puro hueso, como se ponen los reguizos en la sequía.

Saludó a todos y habló en voz baja con la maestra.

Vimos cómo la maestra se ponía la mano en la boca y se le llenaban los ojos de lágrimas.

Después, la vimos a la maestra como si estuviera diciendo insultos y la abrazó a Yanay y era como que lloraban.

Me le acerqué a Yanay cuando andaba sola.

—¿La señorita Ollainí no viene?

Movió la cabeza para allá y para acá.

—¿Y se quedó allá?

Me miró a los ojos.

Los ojos negros tenía y no vi a nadie que mirase como ella.

Dijo:

—Se fue lejos. Con el Sandoval.

Mire que yo era duro, y más delante de Yanay, pero no sé qué me pasó y me puse a llorar.

Ahora, de hombre, supe que la llevaron a un calabozo y la torturaron para que dijera lo que querían escuchar.

La señorita Ollainí no dijo nada de nadie.

Ella no sabía nada y si sabía no lo iba a decir.

Le hicieron cosas malas.

La violaron esos guanyos de mierda. La violaron a la señorita Ollainí y le pegaron y le metían la cabeza en un balde con agua hasta que medio se ahogaba. Guanyos de mierda.

Eso le hicieron a la pobrecita.

En la ciudad podía estar cómoda. Si era rubia y linda como un juguete. Pero se vino para el Tatural a enseñarnos a nosotros.

Desde María Magdalena a la escuela, cuatro horas en burro para enseñarnos. Y le hicieron eso. No son hombres esos. Son los diabolos.

—¿Y qué te han hecho?

Yanay me miró igual que me había mirado de chico, con esos ojos negros.

Se sonrió apenas, como si tuviera tristeza.

Le dije que Yanay andaba por los trece en aquel tiempo. La viera de grande lo linda. Porque eso que le pregunté fue cuando estaba crecida y tenía pechos que se notaban. Andaría por los veinticinco. No me dijo nada y nunca dijo nada de ella.

Ya sabe usted que se fue a la ciudad y volvió a los años.

Y así la conoce usted, como la maestra en el Tatural.

Todos sabemos que nunca se va a ir de la escuela ni va a dejar el Tatural. Es parte de los cerros, del valle, del arroyo.

No se casó ni tuvo hijos. Mi mama, antes de morir, dijo que la pobrecita no podía tener hijos porque seguro le habían hecho cosas muy malas esos guanyos de mierda. Pero es como usted la conoce.

Con esa sonrisa, que es como si la señorita Ollainí la hubiera sacado de su boca para ponerla en la de Yanay.

No es lo único que dejó la señorita Ollainí. Nos dejó adentro de nosotros alguna cosa que no sé cómo decirle.

Cuando llega el viento fresco o la llovizna fina, decimos que es Ollainí que viene a darnos alivio.

Que eso quiere decir Ollainí: «La que alivia el alma».

(Escrito en 1978 y publicado en 1985, un año y medio después de la caída del criminal régimen del Proceso Militar Argentino)

Como Sherezade

Usted me pregunta cómo ocurrió. Si tiene un poco de tiempo, puedo contarle lo que pasó esta noche.

Debo decirle que los conocí hace un año. Ya habían comido en mi casa en otras ocasiones y yo en la de ellos.

Como usted sabe, con nadie se es por completo amigo si no se comparte la mesa de la propia casa.

Siempre, después de comer, jugábamos a algunos juegos. De los tradicionales y otros que inventábamos para la ocasión.

Cuando acabamos la cena, les hice una propuesta:

—Voy a contar cuatro historias, ustedes deben decidir cuál es la verdadera. Quizás, lo sea más de una o todas.

Ellos estuvieron de acuerdo. Los tres se acomodaron en sus sillas, alrededor de la mesa, y se sirvieron más vino.

Como puede imaginar, nos gusta beber. Solíamos decir que lo único que vale la pena en esta vida son los vicios. Dejemos las virtudes a los santos, si los hay o si los hubo. ¿Seguro que tiene tiempo? Entonces, le cuento para que entienda lo que pasó.

—La primera de las historias es sobre el científico alemán Emil Schonhauer —les dije.

Él y su hijo Ludwing que, más adelante, será el protagonista de la segunda de las historias, son los dos genetistas más importantes de la historia, aunque no figuren en ningún libro. En

el único libro que se habla de ellos y sus experimentos es *Genética y experimentos secretos*, de Ludovico Scorzatti.

Schonhauer inició investigaciones sobre el envejecimiento alrededor de 1919. Como le ocurre a todo científico adelantado a su tiempo, solo consiguió el descreimiento de sus colegas.

En el año 1932, en los comienzos del régimen nazi, conoció a Rosenberg. Este interesó a Gobbels y al propio Hitler en los experimentos de Schonhauer. De este modo, consiguió un laboratorio en Berlín y fondos ilimitados.

Como saben, vejez, enfermedad y muerte son los tres mayores miedos del hombre. Schonhauer prometía terminar con uno de esos miedos y encontró a las personas adecuadas. Individuos con la dosis suficiente de poder, psicosis y misticismo como para creer que es posible detener el envejecimiento.

A finales de 1943, Schonhauer logró que un perro ovejero alemán de doce años de edad, casi al límite de la existencia posible en ejemplares de esta raza, inoculado en el año 1933 con la droga que inventó, siguiera con vida y sin muestras de haber cambiado su aspecto.

El perro tenía veintidós años y esto podría ser increíble si no estuviera ampliamente documentado.

Schonhauer pidió que al animal se le hicieran dos marcas en las orejas, dos sobre el cuerpo y se lo mantuviera encerrado, sin ninguna posibilidad de ser cambiado por otro. Una cámara cinematográfica lo filmaba hora por hora.

Resultados similares los obtuvo con palomas, ratones, gatos y ardillas.

En 1944, pocas semanas antes del fin de la guerra, Schonhauer decidió experimentar con un ser humano.

Los rusos se encontraban cerca de Berlín y su entrada a la ciudad era inminente. Convencido de ser capturado, que no podría completar sus experimentos y que su propia vida corría riesgo, utilizó la droga en sí mismo.

Sucedió, entonces, uno de esos hechos imprevistos que, en un chasquido de dedos, pueden cambiar para siempre la vida de un hombre. Berlín estaba siendo bombardeada y una de las bombas cayó sobre el laboratorio. La explosión acabó con el edificio y destrozó a Schonhauer.

Cuando se lo encontró, se lo creyó muerto. Había perdido los dos brazos y las dos piernas. A punto de ser arrojado a una fosa común, alguien notó que aún respiraba. Más tarde, se supo que había quedado ciego, sordo y mudo.

El escritor estadounidense, Dalton Trumbo, siendo guionista en Hollywood, colaboraba en una película de espionaje protagonizada por Joseph Cotten. De manera casual, conoció a un ex agente de la CIA.

Por él, se enteró de la historia de Schonhauer y en ella se basó para escribir una novela en la que transformó al personaje real en un soldado que combate en la primera guerra mundial. Les recomiendo el libro.

En ese tiempo, recuerden que era 1944, Schonhauer tenía sesenta y cuatro años. Treinta y ocho años después, todavía se encontraba con vida en una sala especial de un centro de investigaciones en Moscú.

Con el uso de moderna tecnología, se pudo hacer contacto con él. Así, se pudo saber quién era y lo que había hecho. Pero se negó a revelar la fórmula de la droga que descubrió.

En su libro, Scorzatti asegura que la droga de Schonhauer prolonga la vida por tiempo indefinido. Y no cree que haya sido él solamente quien la probara. Sugiere la posibilidad de que otros jerarcas alemanes o rusos la hayan usado.

Conjetura que no sería difícil, a través de diferentes medios de presión, obtener el informe sobre la fórmula. Si los rusos consiguieron el objetivo, habría científicos y miembros del gobierno que la habrían empleado en sí mismos.

Menciona los nombres de conocidos políticos que habrían usado la fórmula, pero sus opiniones no se encuentran respaldadas por pruebas concretas. Sin embargo, es muy cierto lo que dice de Schonhauer.

Si su droga existe y extiende la existencia solo por un período prolongado de tiempo, la tortura de Schonhauer, algún día, llegará a su fin y se librará del infierno en el que cayó. Y se pregunta, ¿qué será de él si descubrió la droga de la inmortalidad?

Mis amigos se mantenían en silencio. Yo acabé con mi copa de vino y volví a llenarla.

—Ludwing Schonhauer, como su padre, buscó la prolongación de la existencia humana, de la juventud y de alcanzar la inmortalidad. Lo intentó mediante la clonación. Como es sabido, se trata de la técnica de producir un ente biológico genéticamente idéntico a otro, animales o plantas. En las plantas, no es nada que no se practique, pero no en seres humanos.

En los primeros años de la década del cincuenta, clonó animales. A fines de la década lo hizo con seres humanos.

Financiado por un reducido grupo de hombres muy poderosos, ideó un método aberrante, pero no exento de genialidad: el paulatino remplazo de todos los órganos del cuerpo por otros más jóvenes y en perfectas condiciones. Esto podía ser repetido de forma indefinida y mantenía siempre joven al receptor.

¿Cómo obtenía los órganos?

De los clones de quienes financiaban su experimento.

Los clones eran mantenidos en una granja celosamente vigilada. A los clones, Schonhauer les practicaba una operación en el cerebro que los reducía a un comportamiento casi animal.

En compartimientos especiales, alejados de los demás clones, eran ubicados los que serían proveedores de cerebros.

A estos se los tranformaba en cuadripléjicos para impedir que pudieran escapar, ya que poseían la inteligencia y los conocimientos necesarios para comprender lo que sucedía.

Este tipo de clones eran educados de una manera especial: una vez hecho el trasplante, el cerebro sustituía al cerebro en-

fermo sin pérdida de la identidad ni de la historia personal del que era receptor.

En forma imprevista, Schonhauer fue denunciado por su esposa, la conocida arquitecta Beatrice Torecelle. No lo hizo motivada por las aberraciones que cometía su marido, sino para vengarse de él. Lo sorprendió con una amante.

Los clones fueron asesinados por los custodios y sus restos vendidos a la secta de los devoradores de carne humana.

Entretanto, Schonhauer fue acusado de crímenes cometidos durante el régimen nazi. Acusación falsa porque, al final de la guerra, tenía veintidós años y había estado por completo ajeno a las atrocidades del régimen.

De todas maneras, se asegura que su lugar durante el juicio fue ocupado por un clon y que el verdadero Schonhauer sigue conduciendo la granja de clones en algún parte ubicada al sur de Los Andes o en Paraguay, tal vez, en el mismo laboratorio que usó Mengele.

Como puede imaginar, mis amigos prestaban atención e intentaban no perder ningún de detalle, ya que suponían que la elección entre lo cierto o lo falso debía ser hecha mediante la coherencia o incoherencia de los detalles.

Ellos comían nueces y almendras, lo que era habitual en todas nuestras reuniones.

Ahora, comienza la tercera de las historias.

Ya mencioné a la secta de los devoradores de carne humana.

Esta secta estaba formada por hombres muy ricos y poderosos. Muchos de ellos son públicamente conocidos y ustedes los conocen. Puedo asegurarles que, especialmente, a algunos los conocen demasiado bien.

Esta secta se abastecía en el Centro de Obesidad (le llamaremos de este modo aunque su nombre era un tanto más sofisticado) y en el Asilo de los Desamparados.

Como supondrán, también la granja de clones les entregaba los restos humanos que sobraban una vez realizados los transplantes de órganos.

En el Asilo de los Desamparados daban alojamiento y alimentación a los desamparados, a los que vivían en la calle.

Aquellos que no servían a sus propósitos, es decir, ser comidos, eran devueltos a la calle.

Los ejemplares útiles, después de un tratamiento, eran asesinados y enviados al sitio de reunión de la secta. Una vez allí, chefs que ganaban cuantiosas sumas, se encargaban de seleccionar los mejores trozos y hacían con ellos los platos que eran servidos en las reuniones semanales.

El Centro de Obesidad proveía la comida más selecta. Cada tres meses, un internado en el centro desaparecía y se le entregaba a la familia una carta falsificada. El obeso desaparecido se disculpaba con su pareja e hijos.

En la carta decía que se había enamorado de otra interna y que habían escapado juntos. Aseguraba que no regresaría jamás.

Nadie sospechó nada durante años. Hasta que la casualidad juntó a Manuel Trelles y Celina Alcorta.

Ellos eran compañeros de facultad y comenzaron una relación amorosa. Ambos contaron la misma historia: la de un padre que los había abandonado después de escapar con una interna del Centro de Obesidad.

Al principio, creyeron que se trataba de un hecho fortuito y, enamorados como estaban, adjudicaron a algo misterioso que los hubiera unido después de haber padecido circunstancias casi idénticas. Pero Celina tenía tres cosas: una fuerte intuición femenina, una naturaleza desconfiada, y dinero.

Ella contrató a una agencia de detectives.

La investigación duró dos años y la trama macabra fue descubierta. El Asilo y el Centro fueron cerrados, pero manos poderosas impidieron que se dieran a conocer a la prensa los motivos reales de las clausuras.

Los integrantes de la secta quedaron impunes y sin que se supiera sus nombres.

Al fin, la perseverancia y el mucho dinero de Celina, tres años después, pudieron conseguir que uno de los chefs fuera localizado y sobornado. Este dio los nombres de la mayor parte de los integrantes de la secta.

Y aquí comienza la cuarta de las historias.

Esto fue lo que les conté. Hice una pausa para beber y comencé a contar la última parte.

Cuando se la cuente, usted entenderá lo que sucedió y por qué nos encontramos en este sitio.

—Manuel Trelles y Celina, al tener los nombres de quienes eran responsables de los crímenes, decidieron vengarse.

Idearon un plan. No era difícil de ejecutar.

Manuel se caracterizaba por ser simpático y no le resultaba difícil hacerse de nuevos amigos. Por lo tanto, siguiendo el viejo precepto: «serán los hijos los que paguen las culpas de los padres», decidieron atacar a sus enemigos en donde más pudiera dolerle: sus afectos. Una especie de «ojo por ojo».

El primero fue el hijo de un industrial muy conocido. Si hacen memoria, lo recordarán. La prensa habló mucho del caso. Una bomba hizo explotar su auto. ¿Se acuerdan?

Luego, Manuel no tuvo dificultades en entablar amistad con otros más. Tuvo suerte. Los tres formaban un grupo de amigos. Se unió a ellos. Fue a sus casas, los invitó a la suya. Jamás sospecharon nada.

Hasta que una noche en la que Manuel los había invitado a cenar, les dijo la verdad. Les contó la historia, como si se tratara de un juego.

Mientras tanto, el veneno que puso en las almendras y nueces que los amigos comían hacía efecto.

Sin embargo, Manuel no era un vulgar asesino, sino un hombre buscando justicia. Como lo hizo con el hijo del industrial, también, a estos condenados les dio una oportunidad.

En alguna parte de la casa se encontraba el antídoto que detendría los efectos del veneno. ¿Dónde?

Los tres amigos lo miraban sin comprender del todo lo que les estaba diciendo. No se daban cuenta de nada. Ni siquiera sospechaban que los que buscaban venganza eran él y su novia. El que estaba frente a ellos, les estaba contando una historia real. ¿Entienden?

¿Comprenden que sus padres son los culpables de las muertes de nuestros padres?

Terminé de decir esto y los tres se abalanzaron sobre mí y me arrojaron al piso.

Les dije que si me dañaban nunca encontrarían el antídoto.

No llegaron a golpearme. Apenas me lastimé el codo cuando me empujaron hacia atrás y caí de la silla. Apretándome el cuello y tratándome de demente, exigían que les dijera en qué sitio se encontraba el antídoto.

«En un lugar frío», dije. «¡En la heladera!», exclamaron.

La abrieron gritando: «¡Aquí está! ¡Está loco, todo es verdad! ¡Nos envenenó!».

Alcancé a decir: «¡No beban!».

Era tarde, la desesperación les hizo romper tres ampollas y tomarlas de un trago.

Entonces, les dije:

—Es increíble que sean tan impresionables. Y tan poca confianza tengan en sus padres. ¿Cómo pueden creer que ellos per-

tenezcan a una secta devoradora de carne humana? ¿Y cómo pueden pensar que mi novia y yo, sus amigos, seamos dos asesinos buscando venganza? Acaban de tomarse las vacunas para los caballos.

Como usted sabe, soy veterinario.

Eso me acercó a ellos, que se la pasan entre caballos, ya que los tres son jugadores de polo y muy buenos. Le juro que nunca pensé que llegarían a tomarse las vacunas para la rhinopneumonitis equina.

En fin, por lo que acabo de contarle, nos encontramos acá, en el hospital. Y tuvieron que hacerles un lavaje de estómago.

Creo que perdí a tres amigos.

Pertenecen a esa clase de gente a la que le gusta hacer bromas a los demás, pero no recibirlas.

De todas maneras, el resto de sus vidas tendrán algo interesante para contar. Y lo que vale la pena contar es porque valió la pena vivirlo.

¿No cree usted lo mismo?

Una situación fantástica

El doctor Petraglia estira las piernas por debajo de su escritorio. Los ventanales están abiertos y se cuela una atmósfera tenuemente cálida.

El doctor mantiene una actitud displicente mientras una cucaracha pasa delante de sus ojos.

El insecto trepa las hojas desparramadas sobre la tabla, buscando retornar al piso.

El doctor es poseído por el innegable instinto satánico propio de los humanos: levanta el secante, macizo y forrado en cuero, y lo baja sin usar demasiada fuerza.

—¿Qué mal te hice?

Petraglia detiene su mano en el aire.

—No puede ser.

El doctor sufre el repentino endurecimiento de sus músculos.

—¿Qué es lo que no puede ser?

Petraglia traga saliva.

—¡No podés hablar! Estoy sufriendo una alucinación.

—¿Y por qué no puedo hablar?

La cucaracha, detenida frente a Petraglia, lo mira a los ojos.

—¡Porque no es lógico! ¡Un insecto no habla!

—¿Por qué no?

—No hablan porque no tienen órganos que lo permitan.

—Yo hablo.

—Es mentira. Estoy soñando.

—¿No me escuchás? ¿Debo gritar?

—¡Esto es locura! ¿Cómo puedo estar escuchando hablar a una cucaracha?

—No seas idiota, hombre. Si razonás, te darás cuenta de que, por lógica, existen tantas posibilidades de que yo hable como de no poder hacerlo. Si bien es cierto que no todas las de mi especie lo hacen, algunas podemos.

Petraglia se pasa la mano por la cara.

—Pero nunca hablaron. ¡No es posible que esto me ocurra justamente a mí!

—¿Y por qué no a vos? ¿Creés que las cosas les suceden solo a los demás?

—¿Por qué me hablás? ¡Estoy loco...!

—Te ves como casi todo el mundo. Tuve que hablar porque ibas a matarme. ¿Qué te hice? ¿Te asusto? ¿Te molesto? ¿No podemos convivir en un mundo tan grande?

Petraglia está petrificado, bañado en sudor.

—No sé, estoy mareado. No me siento bien.

—¿Puedo ayudarte?

—No, no logro entender.

—¿Qué?

—Esto, que estés hablando.

—¿Lo hago mal?

—No, bastante bien.

—¡Ujujú! ¡Cuándo le cuente a las chicas! Es decir...

—Es decir...

—Si no bajás ese armatoste sobre mí.

Petraglia aún sostiene el secante en la mano.

—Los hombres tienen un increíble espíritu destructivo. Son los reyes de la Tierra, pero son reyes despiadados. ¿Por qué no sienten lástima por los que padecemos hambre y frío?

Petraglia dice que sí y que no con la cabeza.

—Yo vi tanta pobreza y tanto dolor que sentí pena. Mucha gente era más miserable que yo. Y, en otras partes, sobraba. Si vieras los tarros de basura llenos de comida y en algunas mesas ni un pedazo de pan.

—No es verdad.

—Pero es que lo vi.

—¡No es verdad!

—Bueno, hombre, como quieras.

Petraglia respira hondo, lo contiene y suelta el aire con una exhalación tremebunda.

Con los nervios a punto de estallar, le parece que la cucaracha le sonríe.

—No es verdad, esto no está ocurriendo.

—Ya no sé de qué estás hablando.

—¿Cómo puede ser tan inteligente? Siempre se dijo que las cucarachas tenían cierta clase de inteligencia que les permitía

sobrevivir a todo, pero esta inteligencia es distinta. Todo esto es imposible.

Petraglia tiembla.

—No y no —es lo único que se escapa entre sus dientes.

—Perdón, ¿por qué no bajás ese armatoste? Te confieso que me tiene muy preocupada.

La mano, inmóvil en el espacio, sostiene el secante.

—No pensarás matarme.

El doctor no responde.

—Tengo miedo —dice, al fin.

—¿De mí?

—Tengo miedo.

—¿Y vas a matarme porque sentís miedo?

—Hace frío, tengo frío y es verano. Me duelen el estómago y la nuca. Tengo que matarla y acabar con esta locura.

—¡No, por favor! ¡No me mates! ¡Soy madre, salí a buscar comida para mis hijos! ¡A nadie le hago mal!

Petraglia cierra los ojos.

Descarga el secante con toda la potencia que mantuvo contenida en su brazo.

Lo deja así, sobre el cuerpo deshecho de la cucaracha.

Con un pañuelo, se seca la transpiración del rostro.

—Qué pesadilla atroz...—murmura.

«Lo mejor es que me vaya a dormir», piensa.

El doctor Petraglia se incorpora. Apaga la luz.

Camina hasta la puerta.

Las piernas apenas lo sostienen.

Gira el picaporte y entonces escucha:

—¿Por qué la mataste? Parecía una buena cucaracha.

Es una voz de flauta, distinta a la voz ronca de la cucaracha.

«De nuevo la imaginación, ¿qué me está pasando?».

—No veo por qué tuviste que matarla. No te hizo nada y era una buena cucaracha.

El doctor Petraglia desvía la mirada.

Desde arriba de una silla, la araña vuelve a preguntarle:

—¿Por qué la mataste?